

ALFAGUARA JUVENIL

La edad del pavo

Elsa Bornemann



La edad del pavo

(12 cuentos)

Elsa Bornemann



Ilustraciones de Carlos Nine



Breve introducción a la pavología

De acuerdo con el «Primer Diccionario de Palabras Imaginarias»¹, «Pavología» es la ciencia que pretende conocer y estudiar ciertos aspectos insólitos de la naturaleza humana considerada «normal», según las características que —para serlo— indican como fundamentales los organismos del mundo que se ocupan de la salud.

Los aspectos que analiza la Pavología están vinculados con una zona especial del alma; de la mente y/o espíritu; del cerebro y/o del corazón de la gente (y que cada cual la ubique donde prefiera ya que —aún— los investigadores de esta especialidad no la han localizado con exactitud).

En esa zona se originaría la propensión a tener comportamientos super tontos, junto con una fuerte resistencia para reconocerlos y tratar de corregirlos. Es más, los pavólogos afirman que estas actitudes —en ocasiones, decididamente disparatadas— tienen tendencia a reiterarse, a ser muy contagiosas e —incluso— a transmitirse de una a otra generación.

Familiarmente la llaman «la zona de la pavada», con perdón del ave cuyo nombre fue tomado para describir estas conductas bobísimas que se manifiestan —también— en los seres que se creen más inteligentes.

Llegados a este punto, los expertos en Pavología nos recuerdan que no es el pavo el único animal sobre el que recaen burlas que *nosotros* merecemos. ¿O acaso no decimos —entre otras expresiones similares— «burradas», «perrerías» y «gansadas» cuando queremos referimos a estupideces, a maldades, a zonceras que nos son propias? ¿Por qué no las denominamos «hombradas» o «mujeradas»? Pobres bichos. Dan para todo. Como si no bastara que —a costa de sus vidas y de su derecho a vivirlas en paz— nos alimentemos, nos vistamos, nos divirtamos y nos curemos de múltiples enfermedades entre otros beneficios que nos brindan y que no viene al caso reseñar aquí.

No, no nos basta con tamaña ofrenda. También los cargamos con las etiquetas de la responsabilidad por las equivocaciones que no son otra cosa que el producto de nuestra necesidad.

Para colmo, justo a una de las etapas más complejas y ricas del existir —como es la del tránsito de la infancia a la adolescencia— se la suele mencionar como «la edad del pavo»...

Ocurre con frecuencia que cuando una jovencita o un jovencito atraviesa ese período de crecimiento —comprendido, más o menos, entre los once y los catorce años— algún adulto (pretendidamente gracioso) le asegure que está en dicha edad. ¿Y qué intentan significar con esto? Pues —como es obvio— que dicen, hacen, sienten y piensan únicamente pavadas; que ríen y lloran «por nada». Y no es verdad.

Once... doce... trece... catorce años... Tiempo de dejar atrás la infancia cuando aún falta mucho para ser «grande» y —sin embargo— al ir finalizando la escuela primaria se lo era... Ah... pero vuelta a integrar los grupos de los menores no bien se comienza el colegio secundario... ¿Quién entiende?

Extraña sensación. Como la de abandonar ese par de zapatos preferidos que ya quedan apretados y experimentar la incomodidad de los nuevos; como la de registrar —mes a mes— las transformaciones del propio cuerpo; como la de sentirse casi extraterrestre entre los más

¹ Editorial Elleken, Buenos Aires (1967).

chicos pero —también— entre los adolescentes y entre los adultos; como la de descubrir que papá y mamá no son Superman y la Mujer Biónica...

De golpe, el ingreso a un estado diferente, tan cambiante...

La pubertad... la pre-adolescencia... la despedida —para siempre— de los niños que se han sido, los primeros pensamientos inquietantes acerca del sentido del ser (¿por qué?, ¿para qué?).

¿La edad del pavo?

Pocos podrían discutirme que los hay de *todas* las edades.

La edad del pavo...

¿Qué tal si se observa —detenidamente— a los adultos, que son quienes acostumbran a señalar esa etapa como pasajera y exclusiva de los más jovencitos? ¡La Tierra estuvo y está —por desgracia— repleta de pavotes grandes! Sería bueno que lo admitieran. Cuestión de justicia, que le dicen.

Entretanto —y por lo mismo— estos cuentos que su autora empezó a soñar con escribirlos a partir de sus primeros tiempos de ex-nena, al darse cuenta de la gran variedad de personas mayores que podían ser incluidas (*ahí, sí*) en la singularísima «edad del pavo»...

Melisa Brennan O'Blase

翫翫翫翫翫翫翫翫翫翫翫翫翫翫翫翫翫

La edad del pavo

Como tantísimos príncipes y princesas de los cuentos, la princesa de éste también estaba mortalmente triste, había perdido su risa y languidecía —hora tras hora— sin que nadie en el palacio supiera qué hacer para remediar ese mal.

—Mi Nunila se está consumiendo... —gemía la reina.

—Mi adorada hijita desfallece... —gemía el rey.

—*La princesa está triste... ¿qué tendrá la princesa?* —susurraban los servidores.

—*Los suspiros se escapan de su boca de fresa...*² —entonaban los cantautores palaciegos.

«Para mí que la niña está harta de que sus padres sean tan... tan... ejem... extravagantes... algo bobalicones, vamos...», así pensaba Abacuca, la sabia de la corte. «La princesita se da cuenta; ella sí que no tiene un pelo de tonta como... bueno... ejem... que —a Dios gracias— no heredó esa... esa tara... Vaya, no encuentro manera elegante para referirme a la personalidad de sus majestades, que por más que lo sean también son seres de carne y huesos y sus defectos tienen... Además, Nunila está hartísima de que sus padres le contesten a todo que “sí, mi amor”, sin prestarle atención a lo que dice... Hartísima del “SINUNILISMO”, eso es.»

Pero cuando —por fin— juntó el coraje necesario para presentarse ante la pareja real y exponerle su teoría (muy, muy suavizada para no provocar su ira) perdió su trabajo en la corte y se le impuso sufrir el exilio en un reino vecino.

—¿Críticas a nosotros? ¿Cómo te atreves? ¡Insensata! —le dijeron a dúo.

—¿Qué otra palabra sino «sí» deben escuchar los nobles oídos de una princesa, a partir de su nacimiento? —le protestó la reina.

—¿Qué estúpido pensamiento ese del «sinunilismo» has horneado en tu cabeza de zanahoria, como para que oses decir que mi tesoro está triste porque todo lo que ella opina merece nuestra aprobación o a todo lo que solicita le contestamos «Sí-Nu-ni-la»? —rugió el rey.

Desesperada, la pareja real decidió —entonces— consultar a la hechicera del bosque, que así denominaban a ese montecito cercano a palacio bastante malo (con cuatro o cinco arbustos locos, a decir verdad) pero sin el cual esta historia no hubiese estado completa.

—Mil dólares la consulta —les informó la hechicera, no bien reina y rey llegaron a su casa rodante con la que se desplazaba de aquí para allá.

—¡Mil dolores! ¡Mil dolores! —aulló el rey, que tenía casi todos sus caudales en seguro depósito —fuera del reino— y los codos permanentemente enyesados.

La hechicera no se alteró ante esa demostración de mal humor.

—Lo lamento, pero ni barato y —menos que menos— gratis logro acceder a ninguna videncia. Acaso deberían mandar por correo algunos cupones de esos que aparecen en las revistas y consultar a otra gente que se ofrece por chauchas. Así serán los resultados, pero...

—Está bien —la reina se rindió—. Díganos qué hacer para que nuestra hija recupere su alegría y vuelva a sonreír. Le pagaremos lo que pide.

—En cheque real, a mi nombre y con talón —aclaró la hechicera— que será entregado,

² Famosos versos de Rubén Darío.

en el mismo momento en que yo les revele el único remedio posible.

Una vez que le fueron aceptadas sus condiciones, la hechicera pasó a otro ambiente de su casa rodante y les pidió que aguardaran unos minutos.

Cuando volvió, poco quedaba de esa muchacha bonita y vestida a la moda, que había recibido a la pareja real momentos antes.

Una anciana horripilante se les apareció, arrastrando una mesita en la que se destacaba una enorme bola de telgopor blanco.

Los reyes se estremecieron.

—Eh, eh, no se asusten. Soy la misma chica, con mi uniforme de trabajo. Me maquillé y me disfracé como corresponde, eso es todo.

Al rato, se le escuchó pronunciar estas palabras:

—En vista de que en el destino de la niña hay dos... dos —digamos— cosas «inmodificables» y de las que me está vedado hablar —y la hechicera los miró alternada y fijamente pero ninguno de ellos se dio por aludido—. Su hija Nunila... sólo puede curarse... si le hacen cosquillas en las plantas de los pies... con una pluma de algún pavo... que tenga —exactamente— su misma edad... al día de hoy... Además, Nunila deberá ver a otros dos pavos, volando. Sí, eso es, dos pavos voladores y la cura será total.

—Nunila tiene siete años... siete meses... y siete días... —exclamó el rey, enojado después de hacer cuentas con los dedos—. ¡La carne de pavo es muy apreciada, es un manjar!

—¡Jamás conseguiremos un pavo que haya alcanzado esa edad! —chilló la reina.

—¡Y mucho menos otros que vuelen! ¡Los pavos no vuelan! —protestaron ambos, al darse cuenta de lo absurdo del «remedio» indicado.

—Ése es problema de ustedes —sentenció la hechicera—. Pero mis videncias son infalibles. Bueno —agregó, empezando a quitarse el disfraz—, vayan preparando el cheque o los convierto en pavos reales a ustedes dos...

—¡Qué excelente idea! —gritó el rey, que con tal de no pagar, algo era capaz de aceptar lo increíble—. ¡Convíértanos en pavos de la misma edad de nuestra hija! ¡Y voladores! ¡La salvaremos con nuestro sacrificio!

—¡Con uno solo alcanza, no hace falta que me transforme a mí también! —se quejó la reina, espantada ante la posibilidad de verse como una pava.

—Yo soy hechicera vidente, no hago milagros —dijo entonces la hechicera—. Y sería un milagro la transfiguración de cualquiera de ustedes, con lo cincuentones que son, en una criatura de siete años, animal o humana... Venga ese cheque de una vez y basta de pavadas.

Al rey no le quedó otra alternativa que firmar y entregar su cheque.

Al rato, él y su esposa estaban de regreso en el palacio con las noticias.

Como bien dicen que la esperanza es lo último que se pierde, los monarcas resolvieron seguir las indicaciones de la hechicera, ilusionados como estaban con que ya aparecería un pavo de la misma edad de su amada hija y otros dos capaces de volar.

Entretanto, Nunila continuaba de risa perdida. Pronto —y a través de todos los



medios de difusión del reino— fue anunciado lo siguiente:

Será recompensado con su peso en lingotes de oro aquel que lleve al Palacio Real un pavo de siete años, siete meses y siete días y otros dos que puedan volar, aclarándose que el pesaje corresponderá al de las aves y no al de quien las presente.

Sus Altezas reales agradecen la colaboración de su pueblo para recuperar —de este modo— la sonrisa de su amada hijita Nunila, por más insólito que el pedido parezca.

(La reina había hecho fundir sus innumerables joyas de oro para que su marido consintiera —finalmente— en redactar la proclama. Si así no hubiera sido, acaso esta historia hubiese concluido aquí... porque todavía estaríamos esperando que el rey volviera a gastar, rabioso como seguía por el pago que había tenido que hacerle a la hechicera.)

Al día siguiente de anunciarse la proclama real, una cola de varias cuadas. Comenzaba —por supuesto— a las puertas del palacio.

Casi no quedaba vecino de aquella comunidad que no se hubiera hecho presente, tentado por la recompensa y portando un pavo.

—Nos tiramos un lance, total ¿qué podemos perder? —comentaban—. Nuestros reyes son tan... tan extravagantes... —y al decir «extravagantes» se miraban con risitas cómplices; nadie ignoraba las pocas luces mentales que destellaban en los cerebros de sus soberanos.

Así se vieron desfilar —ante la pareja real— infinidad de estas aves, que fueron rigurosamente inspeccionadas por una Comisión de Expertos en Pavos, Gansos y Burros, creada —especialmente— para la ocasión.

Caro que la inmensa mayoría eran muy jovencitos, de esos que —pobrecitos ellos— se crían y se engordan para ser comidos... y ninguno podía volar —obvio—, aunque sus dueños lo lanzaban al espacio jurando y rejurando que hasta un ratito antes sí, que eran tímidos, que estaban nerviosos por la prueba, que les dieran otra oportunidad...

El rey se puso furibundo y los echó a todos a los gritos de:

—¡Me tratan como a un zonzo, insolentes! ¡Fuera de aquí! ¡Grrr! ¡Ninguna de estas aves tiene siete años, siete meses y siete días como mi adorada Nunila al día de la predicción! ¡Y ninguna puede volar! ¡Farsantes!

La princesita —apoltronada sobre un gigantesco almohadón ubicado cerca de los tronos reales de sus padres— observaba todo lo que sucedía con una expresión de aburrimiento inmortal.

Los expulsados, del palacio (personas y pavos) eran tantos, tantos, tantos, que el tumulto y el barullo que se produjeron en el recinto alteró todos los ánimos.

Menos el de Nunila —por cierto— que continuaba contemplando la escena con la misma indiferencia que de costumbre.

Entre empujones, griterío, plumas que volaban al azar, resbalones, protestas, toses y más plumas flotantes, el enorme salón fue —poco a poco— siendo desalojado.

Ya la reina zamarreaba a Nunila para avisarle que la siguiera a las habitaciones interiores —y el rey ordenaba que se limpiara, de inmediato, el gran salón— cuando la princesita dio un respingo y señaló —con su dedo índice— un amplio ventanal que se abría al parque del palacio.

Las miradas de padres y servidumbre siguieron —como en estado de hipnosis— la dirección que indicaba la niña. Entonces todos —azorados— vieron aterrizar un helicóptero. Y más azorados se sintieron poco después, cuando —de la aeronave— vieron descender a Abacuca, la sabia de la corte. Agitaba una bandera blanca a la par que se iba aproximando al palacio. Majestuosa.

—¡Qué hace esa rufiana aquí, si yo la mandé al exilio porque no supo decirme cómo curar a mi hija! ¿Y cómo se atreve a presentarse sin mi permiso? ¡Y en helicóptero! ¡Esto es una invasión! ¡Deténgala de inmediato!

El rey aullaba y pataleaba —enojadísimo— junto al ventanal, cuando Abacuca se detuvo frente a él —del otro lado de los cristales— y lo miró a los ojos, tras una breve reverencia de cortesía. Digna como siempre. Sin ninguna muestra de temor ante las iras del rey. Seguía agitando su bandera blanca e hizo señas de que necesitaba entrar al salón, sin darse por enterada de la guardia real que la rodeaba y que sí la iba a hacer acceder al recinto, pero en calidad de detenida.

—Calma, muchachos —les susurraba—. No hace falta que me sujeten. Traigo la solución para la dolencia de la princesita Nunila. Calma, calma... El rey padece una de sus habituales pataletas, eso es todo...

Un momento después, la corte en pleno escuchaba las palabras de Abacuca. En respetuoso silencio, menos el monarca —claro— que no lograba contener su rabia y seguía refunfuñando.

—Su majestad... —y la voz de la sabia profundizó aún más el silencio—. He venido a comunicarte que descubrí cómo combatir el mal que aqueja a la princesita. Largas noches sin dormir estuve, desde que me enviaste al exilio... Largas noches en las que no hice otra cosa que pensar y pensar en la recuperación de la risa de tu bienamada hija. Sin embargo, te confieso que no arribaba a ninguna solución.

El rey se encrespó:

—¿Y entonces, para qué demonios volviste? ¡Al calabozo irás a parar esta vez!

Abacuca no se dejó intimidar y prosiguió su monólogo.

—Regresé porque ahora sí que sé cómo curar a Nunila. En las palabras mismas de la hechicera están las claves. Manda traer el pergamino donde las copiaste y que tu paje las lea en voz alta, así te explico con claridad lo que descubrí.

Nunila pareció animarse un poco más al escuchar a la sabia.

Mientras el soberano enviaba a buscar el pergamino, Abacuca prosiguió:

—Las palabras de la hechicera son un *enigma* a resolver. Verás que...

La sabia fue interrumpida por el rey que —ya provisto del pergamino— indicó al paje que lo leyera.

—Que lo haga lentamente, que se detenga cada vez que yo palmeo y que reanude cuando yo silbe —sugirió Abacuca.

El paje inició su lectura:

«En vista de que en el destino de la niña hay dos... dos... digamos... “cosas” inmodificables y de las que me está vedado hablar...»

La sabia palmeó e intentó explicar el sentido de ese fragmento con suma delicadeza.

—Bien. Con todo respeto —mi rey— debo revelarte que esas «cosas» misteriosas a las que se refiere la hechicera... son tú y tu esposa...

La pareja real se puso verde y el monarca ya estaba a punto de estallar en una nueva pataleta, cuando oyeron —sorprendidos— la risita de Nunila.

Abacuca aprovechó el momento de emoción de los reyes para tratar de salvar la situación, para evitar que se sintieran ofendidos.

—La hechicera dice «cosas» debido a su total respeto por la investidura real... Existen vocablos tan excelsos —como rey o reina— que no pueden ser pronunciados por labios tan vulgares... como los de una hechicera... cuando ella sabe que serán registrados en un pergamino... Por eso agrega que «le está vedado hablar», lo tiene auto prohibido. ¿Me explico?

—Sí. ¿Pero, y lo de «inmodificables»?

—Seguramente se refiere a que no ve necesaria ninguna cirugía estética...

—Bien. Continúa entonces.

Abacuca respiró aliviada y silbó, y el paje retomó la lectura:

«Su hija Nunila sólo puede curarse... si le hacen cosquillas en las plantas de los pies... con una pluma de algún pavo que tenga —exactamente— su misma edad al día de hoy...»

La sabia palmeó pero no pudo continuar —de inmediato— con su exposición: las risas de Nunila se desgranaban cantarinas. ¡Así que para buscar esa pluma se había organizado aquel disparatado desfile de horas antes!

Ella ignoraba todo, pero empezaba a comprender y no podía resistir la gracia que le causaba comprobar hasta qué punto llegaba la bobaliconería de sus padres. ¡Cosquillas en los pies! ¡Qué ridículo!

La pareja real volvió a enternecerse con lo que iban considerando un milagro: ¡Nunila riéndose! Y aunque no entendían por qué, se sentían satisfechos.

Abacuca volvió a la carga:

—¿Recuerdas —mi rey— la lujosa capa que mandaste a confeccionar para el día en que tu hija cumplía un año y que estrenaste durante la fiesta que se celebró esa misma noche?

—Más que la recuerdo. La conservo como un valioso tesoro. Está recamada en perlas y bordada con plumas de pavo real...

—Envía por ella ahora mismo —indicó la sabia—. Las plumas pertenecen a un pavo que —casualmente— nació el mismo día que Nunila, en la casa del sastre que te la confeccionó.

—¿Dónde está *ese* pavo? ¡Tráiganlo con urgencia que así se cumple una de las sugerencias de la hechicera! —gritó el rey— aunque ella no dijo nada de pavos reales... y mi capa ostenta plumas de pavo real...

Abacuca tragó saliva y le confesó que no, que eran verdosas con tonalidades metálicas, bellas plumas, sí, pero de un pavo común y silvestre porque no había sido posible conseguir el real, y que tanto ese pavo como el sastre al que pertenecía y que lo había criado —como el recuerdo más importante de su trabajo— estaban esperando en el helicóptero.

Nunila, radiante. A medida que se iba enterando de tantos disparates, sus mejillas comenzaban a tomar el colorcito de la alegría.

—¡Papá! ¡Mamá! —exclamó entonces—. ¿No les parece que ésta es la tarde más divertida de nuestras vidas?

—¡No! ¡De ninguna manera! —le respondió el padre.

—¡No! ¡No y réquete no! —le contestó la madre.

«¡Oh, qué suerte! ¡Por primera vez me contradicen!», pensó la nena.

La pareja real se tragaba la rabia por el rumbo que iban tomando los acontecimientos pero lo disimulaba: todo fuera por la alegría de Nunila, hasta quién sabe qué otra humillación...

Abacuca hizo llamar al sastre, que enseguida entró al gran salón empujando un canastón sobre ruedas. En él, el pavo de siete años, siete meses y... Era un ejemplar simpatiquísimo por lo gordo y grandote. Créase o no, pesaba unos quince kilos y medía algo más de un metro de largo. Se lo presentaron a la pareja real...

El sastre reiteró varias veces el peso del animal, imaginando la bolsa de oro que recibiría por prometida recompensa...

Enseguida fue examinado por la Comisión de Expertos en Pavos, Gansos y Burros que comparó sus plumas con las de la capa y dictaminó que era cierto: ese ave era una suerte de mellizo alado de Nunila.

—¡Qué cómico que es! ¿Puedo quedármelo? —preguntó la princesita.

—No, de ninguna manera —dijo el rey, muy nervioso porque pensaba en los quince kilos de oro que irían a parar a manos del sastre.

—No, no y réquete no —agregó la reina—. Una mascota debe criarse desde chiquita.

A una señal de Abacuca, el sastre abrió nuevamente la canasta y extrajo —entonces— un pavito de apenas un mes.

—Éste es uno de los tataranietos, princesita. Un regalo de mi parte. Es tuyo.

Nunila estaba encantada. Abandonó —rápidamente— el amohadón y se dirigió junto al pavito bebé. Pronto lo tomó en brazos sin dificultades.

—Te vas a llamar Kabul —le murmuró. Y era como si el animalito la conociera desde siempre, porque —apenas la nena lo estrechó contra su pecho— le apoyó mansito su cabeza colorada y la miró fijamente.

Enseguida, los reyes y todo el personal del palacio los rodeó, muy sorprendidos.

Fue entonces cuando Nunila comenzó a hablarle y el bichito a contestarle, con un canto extraño, desigual en modulaciones, disonante para los oídos de todos menos para los de la princesita, que parecía escucharlo embelesada.

La increíble comunicación se extendió durante unos diez minutos, tiempo de maravillas que no fue interrumpido por ninguno de los presentes, tan asombrados estaban al ser espectadores de esa escena.

Al rato, entregada que le fue una de las plumas del pavo de quince kilos, Nunila misma se hizo cosquillas en las plantas de los pies.

Sus carcajadas eran fruto de lo absurda que le parecía esa indicación como remedio para su tristeza pero —absurda o no— lo cierto es que lograba su propósito. ¿Cómo era posible que sus padres hubieran confiado en tamaña tontería?

Pasados esos instantes de jolgorio generalizado, Abacuca volvió a silbar y el paje a leer el tramo final del pergamino:

«Además, Nunila deberá ver a otros dos pavos volando. Sí, eso es, dos pavos voladores y la cura será total.»

—¡Ahora sí que estamos fritos! —se quejó el rey—. ¡Los pavos no vuelan! ¡Hoy lo comprobamos!

—Inútiles nuestras ilusiones de que trajeran siquiera *uno* que pudiera surcar el aire... —acotó la reina, frunciendo los labios al hablar, como lo hacía cada vez que exageraba la expresión de sus sentimientos—. ¡Los pavos no vuelan!

La sabia se aproximó a los tronos reales hasta casi rozarlos con su aliento.

—Sus Altezas... —les susurró entonces—. Llegados a este fragmento final del enigma... desearía informarles su significado únicamente a ustedes dos... Se trata de un asunto privadísimo...

Abacuca no tenía la menor intención de avergonzarlos públicamente. Para ella también se trataba de un asunto privadísimo...

Pero Nunila —curiosa como criatura inteligente que era— volvió junto a sus padres, dispuesta a no perderse ni media palabra de lo que allí se estaba cuchicheando. En sus brazos, Kabul.

El rey ordenó a todos los presentes que se alejaran y que se pusieran de caras hacia las paredes, como si estuvieran en penitencia.

—¡Ah, y tápense los oídos con las manos! —añadió—. ¡Abacuca va a confiarme un secreto!

Así fue como la sabia les descubrió —primero— el doble sentido de la palabra «pavo»:

—Si bien significa «ave gallinácea», del tipo de las que aquí vemos —les dijo—, también quiere decir «persona incauta»... un poco tonta... No sé si me explico...

Nunila contenía la risa, cuando opinó:

—Pero, Abacuca, aunque los otros dos pavos que indicó la hechicera deban ser personas, dos bobísimas personas... ¡igual no podrán volar!

La sabia le acarició levemente una mejilla:

—No por sí mismas —claro— porque los seres humanos no estamos conformados para

el vuelo... ¡pero sí en helicóptero! —y señaló el aparato estacionado en el parque.

Sería cosa de nunca acabar referir —ahora— todo el grotesco episodio que tuvo lugar después de que los soberanos se dieron cuenta —ofendidísimos— de que *ellos dos* eran los aludidos en el enigma de la hechicera como «pavos voladores».

¡Menos mal que Nunila jugueteaba con Kabul y fingía no darse por enterada de tamaña revelación y que todos los asistentes continuaban contra las paredes del salón, tapándose las orejas!

—¡De lo contrario, al exilio nuevamente, maldita Abacuca! —vociferó el rey.

—¡Condenada sabelotodo! —chillaba la reina—. ¡Merecerías eterno calabozo!

—Por favor, admitan que —en muchas ocasiones— han obrado con negligencia —les rogaba Abacuca—. Procedan con humildad siquiera por esta vez y —de ese modo— voy a convencerme de que no son tan... tan... extravagantes... como muchos creen... Por favor, queridas altezas...

—Buah. Todo sea por la alegría de nuestra hija... —dijeron —al fin— resignados— y se prepararon para dar una vuelta en helicóptero.

Antes —como correspondía— recompensaron al sastre con los quince kilos de oro que se había ganado al traer su viejo pavo hasta el palacio.

Entretanto, Nunila seguía jugando con Kabul, más contenta que nunca: ¡Sus padres le habían dado permiso para que los danzarines y cantautores del palacio bailaran y cantaran para ella, durante el tiempo que durara el vuelo! ¡Con lo que le gustaba la música!

En el mismo instante en que el helicóptero despegó del parque real —transportando a los dos soberanos para su vuelo «extraordinario»— los cantautores comenzaron a tararear unas estrofas compuestas especialmente para Nunila.

Mudos testigos como habían sido de *todo* lo sucedido en el palacio, bien comprendían ellos la recuperada alegría de la niña...

Y —entonces — mientras los bailarines danzaban al compás de la melodía y los dos «pavos voladores» cumplían con el último requisito de la hechicera y los ojitos de Nunila brillaban como soles... en la amplia sala de la corte empezaron a resonar los versos de la canción que se titulaba:

La edad del pavo

*Hay un pavo en cada raza,
de cualquier edad y clase,
que perturba el universo
con las pavadas que hace...*

*Pavos de todos los credos,
de cualquier ideología,
asombrando al mundo entero
con cada pavotería.*

*Vuelan mariposas,
vuelan bajo el cielito asoleado...
(mas si los pavos volaran...
¡siempre estaría nublado!)*

*Brilla el sol y para todos
de luz el cielo un derroche
(mas silos pavos volaran...*

¡siempre sería de noche!)

*No vuela la flor ni el árbol...
tampoco la gatería...
(pero si el pavo volara...
¡acaso usted volaría!)*

*Vuelan moscas y gorriones
y el ovni que alguno vio...
(pero si el pavo volara...
¡también., volaría yo...!)*

Las risas de Nunila fueron campanillas repiqueteando en el anochecer.

Amparado en la calidez de su abrazo, Kabul dormía plácidamente, mientras su sueño se poblaba de miles, de millones de avecitas como él, volando... volando... volando...

Hasta que un día, sintió que volvía a tener unas enormes ganas de dar un beso... ¿A quién?



Pues a aquella muchacha anónima.

Entonces, la llamó por teléfono, le mandó un telegrama y le escribió una carta para decírselo...

Y el besito que los unió más tarde fue de amor, de verdadero amor...

Por supuesto, se pusieron de novios y se casaron.

Poco tiempo después, con todas sus ridículas fotos del pasado, el ex-besqueador publicó un álbum titulado: «CUANDO YO ERA PAVO»...

Fue un best-seller.

íííííííííííííííí

KIKIRIKÍ

Desde las alturas, el piloto, los demás tripulantes y el pasaje del pequeño avión que está por aterrizar en el aeródromo de Villa Surubí, ven —como si fuera una postal— el pueblito entero con el río sobre uno de sus límites.

El avión sobrevuela dos veces la zona, mientras la azafata se apresura a servir sidra para festejar un acontecimiento. Se advierte que todos están contentos.

Atardecer de sábado ése en el que los once o doce pasajeros de la aeronave regresan a sus pagos para votar.

Al día siguiente se van a realizar las elecciones para elegir el nuevo intendente de Villa Surubí.

Entretanto, en una de las casas del pueblo, Don Venancio Gallo está celebrando una animada reunión con parientes, amigos y simpatizantes de su partido político. Él es candidato de una de las tres agrupaciones que se disputan la intendencia.

Don Venancio Gallo se siente muy feliz y no es para menos. Es el favorito de las encuestas. La mayoría de los vecinos ha declarado que le dará su voto.

A pesar de que es la primera vez que él se ofrece para un puesto como funcionario, nadie duda de que es un ejemplo de trabajo y honestidad.

¿Por qué —dicen— si su tambo es uno de los más prósperos de la localidad, si su familia es un modelo, si no se le conocen vicios, no va a ser capaz de cumplir con una intendencia «de lujo»?

Y dicen más, risueñamente: Hasta el apellido lo pinta tal como es. Siempre sospechamos que Don Venancio se levanta a trabajar antes de que se oigan los primeros kikirikís...

El domingo de elecciones se desarrolla normalmente y mucho antes de que se finalice con el recuento de los votos, todo el pueblo sabe que Don Venancio Gallo será el nuevo intendente. A los gritos de «¡Kikirikí!, ¡Kikirikí!, ¡Kikirikí!», tocando bocinas y arrojando papelitos, grupos de jóvenes recorren las calles principales en un alborotado anticipo de su triunfo.

Cerca de esa misma medianoche, Don Venancio Gallo es llevado en andas hasta el edificio de la intendencia.

En la plaza que la enfrenta, casi todo el pueblo lo aclama y le reclama que hable.

Emocionado, se asoma —entonces— el intendente electo a una de las ventanas principales de la municipalidad.

Suena a vuelo la única campana de la iglesia de la otra cuadra.

Redoblan los bombos y los cantitos de adhesión ponen la nota de humor en la noche:

*¡Kikirikí, Kikirikí,
ya es intendente de Surubí!*

—¡Que hable! ¡Que hable! —vuelven a pedirle.

Don Gallo solicita entonces que vaya cesando la algarabía, «que ya es demasiado tarde —amigos— para discursos, que por hoy sólo me resta agradecerles —de corazón— su apoyo, que vayan a dormir y que buenas noches».

La gente no se da por vencida e insiste. Después de una jornada como aquélla hay cierta

resistencia para dar por terminados los festejos.

Es entonces cuando —mientras repican los doce talanes desde la iglesia— Don Gallo parece acceder y vuelve a hablar.

Pero concluye no bien se apagan en el aire los ecos de la última campanada:

—Les repito que ya es demasiado tarde, queridos amigos. A dormir ya y a madrugar que «al que madruga, Dios lo ayuda». El mundo está organizado —*sanamente*— de día, en horas diurnas desde la prehistoria. Nada bueno oculta la noche. El próximo domingo a las cinco de la mañana —cuando asuma mi cargo— pronunciaré el discurso correspondiente. Nuevamente gracias y buenas noches.

El público se va desconcentrando pacíficamente pero con un poco de decepción por el apresurado fin de fiesta y otro poco de desconcierto.

—¿A las cinco de la mañana dijo que va a jurar como intendente?

—Sí... ¡Un discurso a las cinco de la mañana del domingo!

—¿Qué es eso de «la prehistoria»?

—Y... será para ahorrar energía eléctrica.

—¡En la prehistoria no existía la luz artificial, por eso aprovechaban las horas diurnas al máximo!

—Bueno, tampoco es para que se ande derrochando...

—¿Quién habló de derroche? «Organizado sanamente de día», recalcó.

—Yo me pregunto qué habrá querido decirnos con eso de que nada bueno oculta la noche...

La noche...

Ah... Si los habitantes de Villa Surubí hubieran podido adivinar —momentos antes— de qué modo Don Gallo desprestigia la noche...

Se van enterando paulatinamente, después del primer discurso oficial desde la municipalidad y de todos los que le siguen después, enseguida impresos en carteles que empapan —como a salones— las paredes del pueblo. También son reproducidos —hasta el cansancio— a través de la única radioemisora de Surubí.

Y en todos los discursos, en todos, Don Gallo hace principal hincapié en el desprestigio de la noche, porque...

—«¡Al que madruga Dios lo ayuda!»

(—«¡No por mucho madrugar amanece más temprano!» —comienza a refunfuñar la población.)

—¡La mañana me rinde, yo le saco provecho!

(—Nosotros estamos rendidos a la mañana, agotados... —piensan los empleados que cumplen largos horarios nocturnos.)

Las cosas no pasarían a mayores si el Intendente, en uno de sus habituales discursos, no asegurara —como lo hace— que: ¡El sol alumbra a Los justos y a los verdaderos trabajadores! ¡Refugio de perezosos, de holgazanes, de ociosos, son las inquietantes sombras



de la noche! ¡El mundo le pertenece a los gallos!

Ah... eso sí que ya es demasiado para soportar sin quejarse algunos, ni rebelarse otros...

Y algunos y otros —la gran legión de trabajadores nocturnos— hace entonces escuchar su voz.

Es así como el Intendente tiene que escuchar las protestas de

— los serenos de la villa...

— los médicos, enfermeros y todo el personal de guardia del hospital...

— la policía...

— los locutores...

— los operadores de la cooperativa telefónica y de la radio...

— los artistas que necesitan la serenidad, la soledad y el silencio de la noche para poder crear lo que —tal vez— no les permiten o no pueden de día...

— los pilotos...

— los periodistas que preparan las ediciones matutinas de los diarios...

— los pescadores...

— los maquinistas del ferrocarril...

—... y hasta las del Padre Severino, del Servicio Sacerdotal de Urgencia de la Parroquia, que atiende las veinticuatro horas de cada jornada...

—... y de toda la gente sensata —noctámbula y/o madrugadora o no— de Villa Surubí.

Ofendidos están. Irritados, muy. Y con razón.

La luna, ofendidísima.

¿Qué pensamiento tan pavo es aquel en el que se empecina Don Gallo?

¿Acaso alguien le falta el respeto a él, porque —desde jovencito— dedica todas sus energías para el trabajo a partir de las primeras luces de la mañana?

¿Acaso lo obligan a desempeñarse durante horas que no son adecuadas para sus labores pero sí para las de otros seres? ¿Acaso no ocurren —lamentablemente— asuntos desdichados en cualquier instante de las dos docenas de horas diarias?

Y —para terminar con esta serie de acasos— ¿acaso no puede llegar la noche entrada en que a *él mismo* le toque recurrir a algún servicio nocturno de su comunidad?

Sí. La hora menos pensada por el Intendente se le presenta exactamente un domingo a las tres de la madrugada.

A través de una humareda en su casa se le presenta.

Por descuido de uno de sus hijos, que se queda dormido mientras estudia en su cuarto y el cigarrillo encendido cae sobre un almohadón. En pocos minutos, el fuego se propaga por una parte de la casona y amenaza con extenderse más aún. Inútiles los esfuerzos que hacen Don Gallo, su mujer, sus cinco hijos y todos los peones del tambo, en su intento por sofocarlo a baldazos.

Vale aclarar que el Intendente ha telefoneado al cuartel de bomberos, a la comisaría, al hospital y hasta al padre Severino, no bien olió el peligro. Sin embargo, tiene poquísimas esperanzas de que lo asistan, tan indiferentes parecieron escuchar sus gritos de socorro.

Además, todos le recordaron aquellas palabras suyas, al preguntarle:

—¿Cómo podemos ayudarlo si somos perezosos, holgazanes, ociosos? El mundo está organizado —saludablemente— en horas diurnas... Nada bueno oculta la noche...

No obstante, apenas cesan los desesperados pedidos de auxilio de Don Gallo, autobombas, coches policiales, ambulancias y bicicleta del Padre Severino salen —de urgencia— rumbo al tambo del Intendente.

Por fortuna llegan bien a tiempo y todo no pasa de un gran susto.

(Ah, pero está en un error quien supone que Don Gallo modifica sus raros pensamientos acerca de la noche, que se arrepiente de tantas pavadas como dijo, después de sufrir el

incendio. Nada que ver.

Lo único que hace es renunciar —de inmediato— al cargo de Intendente, más convencido que nunca de que nada bueno oculta la noche. La última oración de su carta de renuncia dice: “¿Acaso este desgraciado incendio no se produjo en horas nocturnas?”)



Dicen que dicen

Quelo... ¡Ay, Quelo! ¡Qué muchachito insólito!

Sus catorce años no podían concentrar más esnobismo, no podían sumar más extravagancias...

En el pensar, en el vestir, en sus gustos, en sus actitudes...

La mayor parte de la gente de Alamares —el pueblo en que vivía— opinaba que se trataba de «un flaco estrafalario», mientras que su familia lo consideraba una criatura «singular»...

Era un espectáculo verlo en sus ires y venires rumbo a o de regreso de la escuela o trabajo como cadete en el laboratorio de investigaciones científicas de Alamares. Siempre bailoteando al compás de una música que solamente él oía. Los oídos enchufados a los auriculares de su inseparable aparatito pasacasetes, a ese *walk-man* del que casi no se desprendía ni para bañarse.

Presumido de su apariencia, lo cierto era que tenía el aspecto de un muestrario de tienda, ya que los colores de todas las prendas los combinaba, sí, pero con el blanco del ojo. Además, parecía una cartelera publicitaria, un letrero andante de propagandas de todo tipo: jamás se ponía nada que no fuera de marca conocida y —menos que menos— si esa marca no estaba impresa en algún lugar bien visible de la vestimenta o del calzado.

Sus padres gozaban de una buena situación económica, de modo que Quelo trabajaba —únicamente— para comprarse más ropa. Y más casetes. Ah... y goma de mascar.

Engreído, creyéndose superior a todo el género humano, en escasas ocasiones prestaba atención a lo que le decían ni lo entendía con claridad. Y eso que quien intentaba comunicarse con él debía hacerlo a los gritos, por aquello de que —invariablemente— estaba conectado con su *walk-man*. ¡En cuántas malas interpretaciones de las palabras de los otros incurría —entonces— Quelo!

Sin embargo —a pesar de sus rarezas— tenía la suerte de que los científicos del laboratorio que lo habían empleado lo trataran cordialmente.

Claro que —a decir verdad— ellos hablaban poco y nada —enfrascados sobre sus microscopios, abstraídos del entorno debido a sus investigaciones— por lo que la silenciosa presencia del cadete no los perturbaba, por más estrambótica que fuese. Acaso les servía de necesaria y momentánea diversión. Vaya uno a saber.

Quelo tampoco era dado a conversar y esa característica —allí— era apreciada.

Qué más podía pretender el muchacho —entonces— que realizar sus tareas de archivo teniendo la posibilidad de no desvincularse de su pasacasetes y en un lugar donde no lo interrumpieran. Su trabajo era tan sencillo y rutinario que no le exigía otra concentración que la requerida para mascar su chicle.

Una tarde, el Profesor Linares —uno de los científicos del laboratorio— abandonó—repentinamente— microscopio y silla y llamó a sus compañeros de labor.

En un instante, todo el equipo de investigaciones estaba a su lado. A pocos metros de allí, con el *walk-man* conectado y realizando —robóticamente— sus tareas, Quelo.

Casualmente, el muchacho había levantado la vista de unas carpetas cuando advirtió que algo diferente, muy importante, estaba sucediendo.

Era la primera vez que veía al Profesor Linares expresándose de ese modo. Contentísimo. Muy entusiasmado. Casi eufórico. Como todos los que lo rodeaban y que lo escuchaban atentamente.

De pronto, Quelo tuvo la confirmación de que un hecho extraordinario había ocurrido porque el Profesor Linares y su grupo se empezaron a palmotear las espaldas, a darse las manos, a abrazarse, mientras que el Doctor Florini —el más joven de los investigadores— se subía a un banco y anunciaba algo como si lo hiciera a una multitud. Entre los dedos índice y pulgar de su mano derecha, exponía cierto objeto tan diminuto que resultaba invisible a los ojos de Quelo.

Y se reía.

Sin disminuir el volumen de la música que estaba oyendo, el muchacho «paró las orejas», intrigadísimo.

Mascó su chicle a más velocidad que de costumbre.

Lo que escuchó —entonces— le heló la sangre.

El Doctor Florini —como si de golpe se hubiera y transformado en el más perverso de los demonios— repetía:

—En la próxima semana, un terrible terremoto destruirá este pueblito como si fuera un poroto. Sé discreto. Guarda el secreto.

Después de ese episodio, la familia y la gente de Alamares empezó a toparse con un Quelo distinto.

Desde que había escuchado esa tremenda revelación y durante los tres días que le siguieron, iba y venía de aquí para allá como un sonámbulo, con la mirada echada para adentro. Continuaba en conexión con su *walk-man* y atacando —a muela limpia— la goma de mascar, pero se notaba muy preocupado.

«Peligro... Peligro... Peligro...», se decía, sin saber qué hacer.

Ya habían transcurrido tres días; a «la semana próxima» sólo le restaban cuatro para presentarse y él —Quelo— prisionero de un secreto que —sin dudas— estaba relacionado con enemigos de Alamares. Con enemigos internacionales que festejaban —por anticipado— el terremoto que iba a producirse. Con enemigos que saboreaban la destrucción de todo y de todos por esos pagos. De lo contrario —pensaba Quelo— ¿por qué no alertaron —todavía— a las autoridades acerca de la inminencia de semejante fenómeno? Malditos invasores...

Las uñas de Quelo se redujeron a su mínima expresión en los días que siguieron y —poniendo un pretexto cualquiera— renunció a su empleo.

Nadie le pidió explicaciones. Si sólo trabajaba para acumular ropa, casetes y chicles...

Faltaban apenas dos días para que el tremebundo secreto que tanto le pesaba se hiciera realidad en Alamares, cuando el muchacho no lo aguantó más y les contó a sus padres lo que callaba.

En Alamares, las horas de la siesta eran tan calurosas que —exponerse a ellas— significaba correr el riesgo de derretirse. También, los cerebros de los alamareses se recalentaban entonces.



De otro modo, no se explica cómo —a pesar de considerarlo un muchacho «rarito»— la mayoría dio crédito a sus palabras, que —con la celeridad de un rayo— se propagaron de norte a sur, de este a oeste del pueblo no bien la mamá de Quelo (a las tres de la tarde del mismo día en que su hijo se lo dijera) lanzó a correr el rumor de que cuarenta y ocho horas más y un terremoto asolaría la localidad... y que el laboratorio de investigaciones científicas estaba tomado por monstruos de otras galaxias... y que *ellos* hablan programado el desastre... y que apenas si contaban con el tiempo imprescindible como para empacar algunas pertenencias y largarse de allí, antes de que se produjera la catástrofe.

Este rumor se difundió con la contundencia de una gigantesca bola de nieve y congeló todos los razonamientos, a pesar de las altas temperaturas.

Entretanto, los investigadores del laboratorio —ajenos aún a los acontecimientos que se desarrollaban fuera de su predio— proseguían con la esforzada labor: habían logrado aislar — nada menos— que el microbio que causaba la peste rayada.

La peste rayada... causante de tantas muertes en Alamares... y en el mundo entero.

Aislar ese mortífero microbio era ya una sensacional hazaña científica.

¡Qué decir —entonces— de su invento para fotografiarlo y ampliar su imagen al tamaño de un poroto!

Gracias a ello, podrían estudiarlo a fondo y pronto lograrían crear la vacuna capaz de aniquilarlo.

Por eso, el Profesor Linares había estado tan, tan alegre la tarde del descubrimiento. Por eso había contagiado con su humor al equipo. Por eso, el Doctor Florini —consciente del incalculable valor del hallazgo de su maestro— se había entusiasmado al punto de animarse a jugar y actuar como locutor del momento en que tal noticia sería oficialmente comunicada.

Y como jugando había anunciado —subido en un banco— aquellas palabras que se transformaron en otras en los nada fiables oídos de Quelo.

El Doctor Florini había dicho:

—En la próxima semana estará lista la foto de este mini microbito y ampliada como un poroto. Sean discretos. Guarden el secreto.

Esas habían sido sus palabras. Textuales.

La errada interpretación de Quelo corría por su cuenta.

Lástima que —también— por la de cientos y cientos de alamarenses.

Aterrorizados, cama y huesos de espanto, los habitantes del pueblo entero se habían dejado arrastrar —sin dudas— por la cola de un rumor. Un rumor cuyo origen estaba en el «flaco estrafalario» de la comunidad.

¡Quelo...!

Y buah.

Horas antes de que se cumpliera la hora señalada para el falsamente pronosticado terremoto, ya no quedaba casi nadie en Alamares.

Los alamarenses habían partido —en disparatado éxodo— formando una multitudinaria caravana empeñada en llegar al pueblo vecino en busca de auxilio.

Quelo y su familia, al frente del perturbado gentío. ¡Ya iban a ver esos monstruos la que les esperaba!

Aún quedaba una hora y media para contraatacarlos en su guarida del laboratorio. Una cuadrilla especial —de las fuerzas de seguridad— ya había sido puesta al corriente de todo y se dirigía hacia allí, provista del armamento más sofisticado.

Una hora y media.

La misma durante la cual el equipo del laboratorio de investigaciones científicas —con el Profesor Linares a la cabeza— decidió abrir un breve paréntesis en su trabajo y encender la radio, tras una semana de ininterrumpida dedicación a las investigaciones acerca del microbio de la peste rayada.

La radio —a través de todas las emisoras— difundía el mismo disco. Rayado, como la peste, informaba lo siguiente: «Estado de emergencia. La Gobernación de Alamares alerta a los vecinos que todavía permanezcan en nuestro pueblo. Se les reitera que deben abandonarlo cuanto antes. Invasores extra-galácticos van a provocar un terremoto aquí mismo, con fines que no estamos en condiciones de evaluar. Escapen. Sálvese quien pueda. Los saluda y los ama, su gobernador.»

Dicen que dicen que los investigadores huyeron despavoridos del laboratorio, tras escuchar la estremecedora noticia.

Y despavoridos corrieron a través de las desiertas calles de Alamares, hasta alcanzar el último grupo de la caravana que abandonaba el pueblo.

íííííííííííííííí

Juansadas

Había una vez un perro que tenía un hombre que se llamaba Juan.

Digo que el perro tenía al hombre y no el hombre al perro porque —ciertamente— era así. El dueño del hombre era el mismísimo perro, un bello afgano color champán, al que habían bautizado «Sacha von Mirosnikov» —según constaba en los documentos suscriptos el día en que Juan lo había comprado— y que —familiarmente— respondía al nombre de Pucho.

Si bien se afirma que los afganos no suelen ser animales demasiado dotados —salvo en su aspecto físico— este Pucho era la excepción a la regla. Ya de cachorro había empezado a demostrar sus naturales condiciones de líder (líder únicamente de Juan, claro, pero líder al fin). El caso es que —apenas cumplido su primer año— Pucho se había convertido en el verdadero patrón de Juan. No podía comparárselo con el autoritario patrón humano que el muchacho debía soportar en la empresa en la que trabajaba ya que —al menos— el treinta de cada mes éste retribuía su paciencia con un sueldo bastante generoso, mientras que del Pucho sólo obtenía cansados lengüetazos a cambio de tanta devoción como le rendía. Pruebas de su devoción (entre muchísimas otras que me resultaría fatigoso describir):

- Juan planificaba todas sus actividades y las cumplía o no de acuerdo con el estado de ánimo de su perro. Por ejemplo, era capaz de faltar al trabajo o de cancelar una cita importante si —antes de salir de su casa— creía detectar un lastimero «¡No me abandones!» en la mirada del Pucho. En esas ocasiones, le redoblaba las raciones de comida y bailaba, saltaba, brincaba, andaba por los aires y se movía con mucho donaire alrededor de su animal, hasta que le parecía que el desganado le regalaba su mejor sonrisa.
- Juan sólo volvía a recibir en su casa a las contadísimas personas que lograran conquistarse la simpatía de su perro a primer ladrido, quiero decir, a primera vista (vista del de cuatro patas, por supuesto...). Y como el Pucho era terriblemente celoso, apenas si toleraba la visita de dos o tres amigos de Juan... de dos o uno... bueno... de uno, en realidad, de ese único que aguantaba estoicamente sus gruñidos y las dentelladas dirigidas a sus tobillos cuando llegaba la hora de retirarse. «Hablale; explicale que pronto regresarás de visita... Decile que te espere... El pobre sufre porque te vas, quiere retenerte; por eso los mordisquitos... Decile dulcemente: “Esperame, Pucho... Esperame”, le repetía Juan a su único amigo, cada vez que éste se iba, esquivando —a los saltos— las filosas dentelladas del perro e —invariablemente— con algunas rasgaduras en las botamangas de sus pantalones.
- Juan se había transformado en un perfecto solterón, rotos sus compromisos de matrimonio con sucesivas señoritas que no le habían caído en gracia al exigente animal. «Si él las rechazó, por algo será...», pensaba Juan, «Su percepción de la naturaleza humana es superior a la mía... ¡Quién sabe de qué brujas me ha librado mi fiel Puchito...!»
- Juan gastaba el dinero que no tenía —contrayendo pavorosas deudas— para pagar un psicoanalista.
No; no para tratarse él —como seguramente estarán imaginando— sino para que el

médico lo orientara con el propósito de evitarle al Pucho toda causa de stress, de frustraciones, de complejos...

Concluyo con esta enumeración de pruebas de devoción porque considero que es lo suficientemente elocuente como para que necesite aclararles por qué —al principio de este relato— aseguré que «había una vez un perro que tenía un hombre...».

Sin embargo, y por las dudas, agregó que Juan se pone taaan sentimental y dice tantas «juansadas» cuando elogia las cualidades de su animal, que me temo que éste le ordene colocarse un bozal en cualquier momento...

¡Ah...! y si acabo de aterrizar en el tiempo presente, desde el pasado en el que situé mi narración, se debe a que la singular relación entre Juan y su perro aún persiste.

¿Qué cómo lo sé? Pues porque yo soy el único testigo de la misma... ese único amigo de Juan...

Y ahora los dejo. Debo volar hacia la calle con él. Por nada del mundo quiere que me pierda la quinta vuelta del hombre que hago a diario, llevado de su correa... (no me refiero a Juan —obviamente— sino a Bizcocho, mi propio perro...).

Segundo «¡Ah...!»: y no se trata de que la relación con mi maravilloso can sea parecida a la de mi amigo y su insufrible mascota —nada de eso...

Sucede que Bizcocho está empeñado en demostrarme que no es menos que un afgano, a pesar de su tamaño insignificante y su dudoso pedigree, y yo no soy quién para contradecirlo: lo comprendo perfectamente. A veces, se me ocurre que sólo me falta ladrar.



翾翾翾翾翾翾翾翾翾翾翾翾翾翾翾

Un amor disparatado

La última vez que Romina Bianco había visto a Telma Solsona personalmente había sido durante el acto de egresados de la escuela primaria. Aunque —para ese entonces— ambas estaban enojadas debido a un episodio que más adelante conoceremos, las dos se separaron con no confesada tristeza, a la que se sumaba la emoción dueña —también— de los corazoncitos de la mayoría de los compañeros de aquel séptimo grado «B» que —a partir de aquella tarde— iniciaba nuevos caminos.

Esos nuevos caminos fueron diferentes para Romina B. y para Telma S. No volvieron a verse hasta diecisiete años después y por pura «causalidad», como le aseguró Telma a su antigua compañerita de estudios cuando se reencontraron.

—¡Qué casualidad —había exclamado Romina muy alegre— al reconocer a Telma!

—De entre todos los avisos que marqué, justo fui a elegir el tuyo... ¡y eso que hasta te pusiste un seudónimo!

Las «viejas» compañeras se abrazaron con sincero afecto.

—¡Nada es casual, Romi —sentenció Telma—. *Todo* está escrito. Las estrellas nos gobiernan.

Por un motivo o por otro, el caso es que Romina —durante esos diecisiete años— había postergado su curiosidad por consultar un astrólogo.

Finalmente, escogió uno entre los tantos cuyos avisos aparecen en diarios y revistas.

—¡Justo fui a elegir el tuyo, Telmita!

El aviso decía así:

MADAME SOLARIET
ASTRÓLOGA
SOLICITAR ENTREVISTA AL...
(y aquí se publicaba un número telefónico...)
ABSOLUTA RESERVA

(esto quiere decir que nada de lo que se averigüe será divulgado)

Romina seleccionó ese aviso, sin imaginar que la tal Madame Solariet era Telma Solsona, su compañerita de la primaria, ahora convenida en toda una señora astróloga.

—*Algo* te condujo hasta mí, Romi —le explicó Telma—. ¿Te diste cuenta de que mi seudónimo está formado con la primera sílaba de mi apellido (sol); más «arie»... las cuatro primeras letras que componen la palabra «Aries» —nuestro signo del zodiaco— más la inicial de mi nombre (t)? ¡Ah... es evidente que este vocablo «solariet» te atrajo como un imán! Recuerdo que decías que mi apellido Solsona tenía el sol adentro... y que debía haberse escrito con zeta (Solzona) para que estuviera clarísimo su significado «zona del sol»...

Romina la escuchaba asombrada. No se le ocurría qué decir. Aunque —en verdad— a la par que su amiga le hablaba, una especie como de película cinematográfica —pasada a través de las ventanillas de un tren en marcha— iba sucediéndose en su memoria.

¿Qué recordaba?

Si queremos enterarnos, detengamos ese tren imaginario, subamos a él, espiemos a través de las ventanillas; mientras vuelve a ponerse en marcha gracias a la memoria de Romina...

A través de la primera ventanilla, la contemplamos a ella junto a Telma, compartiendo un recreo escolar. Mientras los demás chicos juegan a su alrededor, Telma y Romina se encuentran contemplando una carpeta de recortes. Le pertenece a Romina. La etiqueta de la tapa dice «El mensaje de las estrellas».

A través de su casi centenar de hojas, toda clase de recortes relacionados con los signos del zodiaco.

—¿Me la vas a prestar, eh Romi? Quiero copiar estos datos que encontraste sobre las piedras que le corresponden a cada signo. ¡Aj, desde los ocho que uso este anillito de aguamarina y no sé si trae buena o mala suerte para los arianos!

Segunda ventanilla: Telma pasando papelitos desde su banco al de Romina...

«Querida Romi:

A partir de hoy y hasta el sábado, no debemos gastar la plata que nos dan para golosinas. Ayer —en el suplemento del diario— leí que los de Aries vamos a tener dificultades económicas. Mejor ahorrar, por las dudas.»

«Urgente —Romi—. Urgente. ¡Hoy podemos hacer todo lo que se nos ocurra y nos va a salir bien! ¡Lo dijo el profesor Astrario en el programa de radio! ¡Los de Aries “matamos mil” este jueves!»

«Romi: No voy a ir al teatro mañana. El horóscopo de la tele nos anunció que los arianos debemos “hacer vida de hogar” durante este fin de semana. Yo me enclaustro. No doy un paso fuera de mi casa hasta el Lunes y te aconsejo que hagas lo mismo.»

Tercera ventanilla: Romina y Telma discutiendo en un extremo del ancho salón donde se festeja el triunfo del equipo de fútbol de la escuela, cuyo capitán es Marcelo, un compañero de grado por el que todas las chicas suspiran.

Éste es el diálogo:

ROMINA: —¡Estás celosa, Telma! ¡Estás celosa! Porque —hasta ahora— ¡Marcelo sólo tiene ojos para mí!

TELMA: —¡Te repito que no nos conviene! ¡Es de Capricornio!

ROMINA: —¡Ja, si te demostrara simpatía, seguro que no te importaba nada el zodiaco!

TELMA: —¡Tonta! para que sepas, durante la fiesta de la primavera del año pasado —a la que no pudiste venir porque estabas con paperas— ¡Marcelo se pasó la tarde charlando *conmigo*! ¡Y sí, me gusta, es cierto, pero ni loca aceptaría un Capricornio! ¡Yo cuido mi futuro y no voy a parar hasta que me case con el muchacho de Leo que me indican los astros!

ROMINA: —¡Exagerada! ¡Fanática!

TELMA: —¡Qué lástima que ya no te interese la astrología como antes... Así te va a ir, boba!

ROMINA: —¡Sí que me interesa, pero no creo ciegamente! ¡Y no pienso quedarme sentada, esperando que aparezca el famoso leonino que a mí también me corresponde! ¡Soy una ariana inteligente, no como otras que conozco!

Detengamos el tren y bajemos, mientras Romina sigue recordando durante unos instantes.

Ya nos enteramos de que le encantaba la astrología —al igual que a Telma— pero no creía ciegamente en ella.

Telma sí. Y esta creencia fue la causa de que existieran tantos, tantos «aspirantes a novio» de Telma a lo largo de los siete años que transcurrieron entre que concluyó su ciclo primario y el día en que se casó con Adrián...

Obsesionada como estaba por «el mensaje de las estrellas», Telma se había convencido de que su príncipe azul debía ser un jovencito de Leo. Pero ella no era de quienes preguntan «¿cuál es tu signo?», apenas conocen a una persona... Nada de eso... Estaba convencida de

que podía adivinarlo uno o dos días después de haberla tratado, poniendo a prueba sus conocimientos de astrología...

Fue así como salió de paseo con Héctor... con Claudio... con Esteban... con Maximiliano... con Guillermo... con Alan... con Pedro... con Matías... con Horacio... con Raúl... con Francisco... y los dejó plantados antes de concluir la vuelta de la manzana de su casa...

¡Pobres chicos! Ninguno —salvo Esteban, que se lo preguntó— pudo entender las causas del repentino «no va más» de Telma. Cómo iban a suponer que ella escapaba de los cancerianos, sentía indiferencia por los de Libra, la deprimían los virginianos, le producían alergia los de Sagitario, se compadecía de los geminianos, se alteraba con los de Tauro, le temía a los escorpianos, desconfiaba de los de Acuario, descalificaba a los capricornianos y no le interesaban los de su propio signo, por eso de «pan con pan»...



Ah... pero eran los de Piscis quienes lograban ponerle los pelos de punta... A los tres «pescaditos» que le tocó conocer (los sufridos Gabriel, Lucas y Federico) les sugirió —directamente— que se fueran a cultivar espárragos al polo norte... ¡Y lo patético era que estos imposibles eran capaces de intentarlo, con tal de conquistar el amor de la muchachita!

Una mañana —la de su cumpleaños número quince— Telma leyó su horóscopo diario y sintió que su corazón danzaba —con anticipación— el vals que esa misma noche bailarían con su papá... y con la legión de frustrados «aspirantes a novio» invitados a su fiestita. ¡Ajá, éste era doblemente *su* día! No sólo cumplía los soñados quince, sino que un tal Canopus le vaticinaba: «Jornada inolvidable. Salud: diez puntos, queridos arianos. Una bella sorpresa llega a través del signo de Leo.»

Esa noche, el patio de su casa —iluminado como una autopista— fue testigo de la felicidad de Telma... y de la pérdida de esperanzas de Héctor, Claudio, Esteban, Maximiliano, Guillermo, Alan, Pedro, Matías, Horacio, Raúl, Francisco... y —por sobre todo— de la silenciosa rabia de Esteban, porque había sido él quien —a último momento— invitó a Adrián: Telma le habla dicho que faltaba un chico para completar las parejas de baile...

Adrián. Estaba secretamente enamorado de Telma desde el período escolar. Lamentablemente, a él le había correspondido integrar los grupos de los grados «A» durante el ciclo de la primaria y —por lo tanto— se sumaba a otra «barrita».

Ésta era *su* oportunidad para acercársele. Y tanta era la ansiedad por relacionarse con Telma que —esa noche— despellejó su timidez y le confesó su paciente amor.

Telma —deslumbrada por ese audaz jovencito que se atrevía a manifestarle sus sentimientos apenas unos momentos después de la primera conversación— se dijo «Éste es de Leo».

Durante el resto de la noche, ya no supo si bailaba o si flotaba, si el baile era real o si lo soñaba...

—¡Mi príncipe de Leo apareció! —se repetía para sí, a la par que bailaba o seguía flotando entre los brazos de Adrián.

—Sí. Pertenezco al signo de Leo. Mi cumple es el 9 de agosto —le había confirmado el chico cuando Telma —sin esperar a conocerlo más (tan segura estaba de haber acertado)— se lo preguntó.

Es fácil suponer lo que sucedió desde ese día en adelante, ¿no?

Y sí. Telma y Adrián se transformaron en amigos inseparables, primero; en novios, después y —finalmente— se casaron.

Pocas veces se vio un matrimonio tan feliz como el que ambos componían.

Estimulada por el éxito de su pareja —que Telma, sin ninguna duda atribuía a que una ariana y un leonino se habían unido— la jovencita se dedicó a estudiar astrología con singular empeño. Entretanto fueron naciendo sus hijitos: María Cielo, Juan Sol, Estrella y Selene. (Por supuesto, les puso nombres que evocaban la pasión de su vida: el cielo... los planetas... los astros... Lo gracioso fue que —con esa amorosa manía de los padres de rebautizar a sus hijos con apodosos originados, en la defectuosa pronunciación «bebota»— sus chicos eran conocidos como «Matelo», «Janchol», «Teya» y «Tenenita»...)

Volvamos al estudio astrológico de Madame Solariet, donde Romina y Telma siguen charlando animadamente.

Se despiden después de tres horas, cinco té y una pila de masitas. Romina promete ir a la casa de Telma el viernes siguiente. Desea conocer a esa familia tan feliz gracias a que fue formada de acuerdo con los consejos astrológicos y —además— participar de la celebración del décimo aniversario de bodas de Telma y Adrián.

Ya es el viernes siguiente. Estamos en el living-comedor de la casa: pequeños grupitos de amigos conversan aquí y allá mientras «Matelo», «Janchol», «Teya» y «Tenenita» corretean entre sillones, mesitas, lámparas de pie...

... De pronto, Adrián anuncia:

—¡Atención! Voy a traer la torta de nuestro aniversario. ¡Es una sorpresa para Telma! Yo mismo la encargué y pedí que la decoraran con los animalitos que representan nuestros signos del zodiaco! ¡Apaguen las luces!

Adrián sale y reaparece de inmediato, portando una bandeja. Diez velas arden sobre la torta.

—¡Que se besen! ¡Que se besen! —corean los invitados.

Están a punto de apagar las velas a dúo —cuando Telma contempla la torta y da un chillido:

—¡Ay! ¡Ay, Adrián, qué horror!, ¡la repostera se equivocó!

Su marido permanece en silencio y se va poniendo colorado a medida que todos los demás repiten lo mismo: ¡Sí, se equivocó!

Sobre la torta, dibujados con distintos colores de crema un carnerito... y dos peces...

—¡Pusieron Aries y Piscis, en vez de Aries y Leo! ¡Hay que devolverla! —chilla Telma.

Alguien enciende las luces. Los nenes soplan las velas que empiezan a derretirse sobre peces y carnerito...

Adrián permanece en silencio —aún más colorado—. Una sonrisita entre temerosa y picarona juega en sus labios.

—Adrián, ¿qué significa esto?

—Bueno... Yo... Mi amor... Yo... este... Yo... Ésta es la torta que... La repostera hizo la torta que... Este... ¡Tal cual yo se la encargué!

Telma empalidece.

—¡Piscis! ¡Me casé con un Piscis! ¡Dios me salve! Entonces... ¡nuestro amor es un disparate total! ¿Por qué me dijiste que eras Leo? ¡Ay, me engañaste! ¡No entiendo! ¡Si te comportaste como un perfecto leonino durante todos estos años! ¡Me voy a volver loca! (Brazos de Adrián sostienen a Telma a punto del desmayo.)

—«La loca del Zodíaco»... así te llamaba Esteban, el muchacho que nos presentó... Y bueno... él me contó que vivías obsesionada con el asunto del zodíaco... que esperabas la aparición de un leonino... que...

—¡No comprendo! ¡Todo tu comportamiento *ha sido* el de un leonino desde el día en que te conocí! ¡El zodíaco no se equivoca! ¡Habrán anotado mal la fecha de tu nacimiento!

—Soy de Piscis... Telma... Tuve que decirte que cumplía años el 9 de agosto en vez del 29 de febrero... Una mentirita inocente... De lo contrario, me hubieras mandado a cultivar espárragos al polo norte...

—Pero... ¿cómo pudiste???

—Yo estaba enamorado desde la infancia. Cuando fui a tu fiesta de quince ya había estudiado —a fondo— el signo de Leo... y... bueno... traté de actuar como un leonino...

—Y encima... naciste un 29 de febrero... Tu cumpleaños se produce cada cuatro... cada... ¡Me voy a volver loca!

Cuentan que —durante un tiempo— Telma se volvió un poco loca debido al «shock» que le produjo el comprobar que la astrología no era infalible.

Las revistas para las que solía escribir sus famosos horóscopos se vieron en la obligación de rechazar sus trabajos de esa etapa. Y con razón. Vean —si no— algunas muestras de lo que escribía mientras le duró el «patatraque»:

*«Quienes hayan nacido en febrero,
que se pongan veintiocho sombreros
y —en el día de repuesto
que trae el año bisiesto—
los cepillen con todo su esmero.»*

*«Si en septiembre nacieron, amigos,
que se cuiden del pasto —les digo.
aunque los critiquen,
nunca lo mastiquen
pues el pasto es su gran enemigo.»*

*«Los que hayan nacido en abril,
que caminen —siempre— de perfil
y —así— de costado
y a paso forzado
¡llegarán hasta el año dos mil!»*

Y bueno, eso le pasó por creer ciegamente en la astrología. También ¿a quién se le ocurre?

(Chau. Ahora me despido. Debo correr hacia el puerto de Buenos Aires antes de que atardezca: el horóscopo del diario de hoy me anuncia «un marinero hermosará tu vida»...)

翾翾翾翾翾翾翾翾翾翾翾翾翾翾翾

El Nadador

Nos hicimos amigos durante séptimo grado, cuando Norberto ingresó en mi escuela. Acababa de mudarse a una casa próxima a la mía. Por eso nuestra amistad pudo ser cultivada durante muchas horas más que las impuestas por las clases.

Pronto nos convertimos en «íntimos», en «carne y uña», en... bueno... en eso y «camiseta», como decían nuestras familias.

En realidad, nuestra entrañable relación no tenía otro origen que la misteriosa simpatía que había surgido entre ambos, las buenas ondas que se pusieron en circulación entre él y yo y viceversa, no bien nos conocimos, porque lo cierto es que no podíamos ser más diferentes...

En fin; el caso es que debido a esta gran amistad, sólo yo me enteré de un secreto que Norberto había guardado celosamente hasta entonces. Me lo confió —diría que con chispitas de orgullo en la mirada— cuando le pregunté:

—¿No te parece que estás exagerando con tu práctica de natación, Norbi?

Yo andaba medio preocupado por lo que empezaba a considerar una obsesión en mi amigo.

Si bien a mí me encantaba (y me gusta aún) nadar y concurría con él a la pileta del mismo club durante el año, también me atraían otras actividades. Norberto —mientras tanto— dedicaba todo el tiempo posible a este deporte acuático, con absoluta exclusión de cualquier otro programa de entretenimiento. No le interesaba el cine, ni la tele, ni el parque de diversiones, ni el fútbol... ni... ni... y ni... y tampoco eso que acaso estás pensando: no, él no; yo era el único que —cada dos por tres— estaba muerto de amor por alguna compañera... Ni soñar con que Norberto aceptara formar parejita con alguna amiga de mi novia de turno porque así nos daban permiso para salir a dar una vuelta: en grupo. Fuera de su cumplimiento con las exigencias escolares (excelente) y de sus charlas conmigo, Norbi no hacía otra cosa que pensar en nadar, nadar y nadar.

Y nadar.

En aguas reales o en las de su imaginación. Porque como si no le bastaran sus fatigosos entrenamientos en la pileta del club (y aquí aparece el verdadero motivo de mi inquietud), Norberto extendía sus prácticas de brazadas a todo momento que se le antojaba propicio.

Quiero decir que —fuera del club— ejercitaba los movimientos de la brazada típica de cada estilo de natación.

Sí, «en seco». Braceaba en el aire mientras caminaba por la calle —por ejemplo—, mientras conversábamos en su casa o la mía, mientras los demás jugábamos en los recreos de la escuela... ¡y hasta mientras dormía! Esto último lo pude comprobar cuando nos tocó compartir una carpa en el campamento de vacaciones de invierno y me despertaron sus sonámbulos manotazos cada madrugada.

Decía antes que mi amigo me reveló un secreto cuando yo —intranquilo a causa de su chifladura natatoria— le pregunté si no estaba exagerando con su entrenamiento.

—Es que yo nadaba antes de nacer... Es mi pasión desde entonces... No puedo evitarlo... —me contó, con una extraña sonrisita—. No creas que estoy bromeando, que te estoy tomando el pelo... —continuó, ya serio como un perro en bote—. Es la verdad, Dani. Fijate que todo el mundo opinaba que mi mamá iba a tener sextillizos durante los nueve meses en

que me estaba esperando a mí, tan globo terráqueo de planetario parecía su vientre... Ella dice que lo raro era que su cuerpo iba aumentando de peso normalmente, los mismos kilos que cuando estaba embarazada de mis hermanos mayores... Agua, pura agua era, una sorprendente cantidad de agua y yo ahí, flotando a mis anchas... Ah... ¡Me fascina recordarlo!

—Pero... ¡no es posible que te acuerdes de eso! —protesté— ¡Mentiroso!

—¡Ja! No sólo recuerdo mis primeras épocas de simple flotador —Dani— sino que también —y aún con más claridad— los meses siguientes. ¡No tengo la culpa de que los demás sean tan desmemoriados! ¿Te das cuenta de por qué lo conservaba en secreto? ¡Para qué te lo habré contado! ¡Yo no miento!

El rostro de Norberto se contrajo con fastidio y el mío debió de haber delatado la curiosidad que —a pesar de mis dudas— aún me roía antes ese insólito relato porque mi amigo prosiguió con la narración de sus recuerdos prenatales.



—De flotar a la deriva en mi cálido marcito privado —continuó diciendo— enseguida pasé a hacer «la plancha» y —casi de inmediato— empecé a practicar la patada del estilo «crawl», Dani. Recién hacia el séptimo mes antes de mi nacimiento decidí incorporar las brazadas. Como supondrás, mi marcito propio me proporcionaba las dimensiones necesarias para esta práctica, aunque no pude dedicarle demasiado tiempo al estilo «mariposa»... Una lástima... Te aseguro que si los meses de embarazo hubieran sido diez, salgo de mi mamá nadando como un experto. Me faltaron días de entrenamiento para los distintos tipos de brazadas... Por eso trato de perfeccionarlos... Aunque no se puede comparar aquel mar exclusivo, de temperatura ideal, con la clorosa y atestada pileta del club, ¿no te

parece, Dani?

No. No me parecía ni me podía parecer, porque yo no estaba en condiciones, de establecer ninguna comparación con aquel «mar» del que hablaba mi amigo. Es más, me quedé mudo, apabullado por esos recuerdos de los que yo no conservaba en mi memoria ni siquiera el más vago rumor de una miserable olita...

Durante los años que pasaron desde nuestros trece a los dieciocho, Norbi y yo fuimos —de a poco— dejándonos de ver con la frecuencia con que lo hacíamos a los doce.

Mi afecto por él se mantenía intacto, pero ya no lograba soportar su monomanía natatoria.

Por suene, nuestro alejamiento se fue produciendo naturalmente, ya que ambos elegimos distintos establecimientos de enseñanza secundaria, y yo me borré del club del que ambos éramos socios porque mi nuevo colegio contaba con campo de deportes y una enorme piscina.

Por lo tanto, los encuentros con Norberto se fueron reduciendo paulatinamente hasta reducirse a un «holaquétaalcómotevabiengraciaschau», dicho al pasar cuando nos cruzábamos —por casualidad— en alguna calle del barrio.

Norberto seguía siendo «un caso». Allá iba él, siempre braceando en el aire, como despegado del mundo debido a la concentración mental con que realizaba sus ejercicios.

La última vez que lo vi, retrocedía por un sendero de la plaza, caminando hacia atrás al impulso de las brazadas del estilo «espalda»...

No contestó a mi saludo, ajeno a todo como se desplazaba, de cabeza echada y cara al cielo.

Los vecinos que —pocos días después— fueron testigos de su entrenamiento final y «en seco» —como de costumbre— aseguran que Norberto logró nadar hasta la mitad de la avenida.

Nadar; sí, porque también había incorporado las piernas.

Fue así como se desplazó en el aire, en posición paralela al asfalto y con su cuerpo extendido a un metro por encima del mismo. Atravesaba la avenida —braceando y pataleando al mejor estilo *crawl*— cuando el guiño verde del semáforo dio vía libre a la catarata de automóviles...

Y aquí se acaba mi relato porque —como ya habrás podido imaginar— también se acabó mi amigo Norberto...



La caridad no usa botones

Aquel paisito era tan, pero tan pobre que sus fundadores lo habían bautizado «Peoresnada» y designado a la mosca, como el pájaro nacional que los representara en bandera y escudo.

Para formarse una idea más o menos aproximada de la miseria que era allí reina y señora, nos bastarán —apenas— ciertos datos:

- La mayoría de sus habitantes vivía en caños, apilados hasta alcanzar —casi — las dimensiones de un edificio de varios pisos («caños en propiedad horizontal», los llamaban).
- De los automóviles podían verse a sus carrocerías —sin medas y sin piso— circulando de un lado al otro: sus dueños se las calzaban con una suerte de gruesos tiradores y se trasladaban con ellas a cuestras. A pie, claro.
- Al último mago de Peoresnada —un pelirrojo idealista que se resistía a abandonar su profesión— ya sólo le salían lauchas de su galera, en vez de palomas o conejos.

Para colmo, Malagua —una extensa zona del diminuto país— solía sufrir continuas inundaciones que arrasaban con lo poco que tenían sus pobladores.

«Los otros», los peoresnadenses que vivían en la única región geográfica afortunada — y que, por lo mismo, había sido elegida como la Capital del país— no lo pasaban tan tan mal, a pesar de la pobreza generalizada. Ni comparación con los malagüinos...

Por otra parte, existía un reducido grupo de verdaderos poderosos, de potentados que descendían de los primitivos peoresnadenses y a los que —por supuesto— ninguna crisis lograba afectar. Todas las empresas del país les pertenecían y —también— algunas de países vecinos.

El estado de catástrofe al que se veía sometida —cada dos por tres— la zona de las inundaciones era —para este grupo— una suerte de llamado de los dioses: le permitía ejercer la caridad, la beneficencia, nada menos. Así, sus conciencias descansaban en paz.

Estaban convencidos de que no debía alterarse el curso de los acontecimientos naturales, que las inundaciones ocurrían porque estaba escrito en el inmodificable libro del destino. Por eso, ni soñar con que invirtieran dinero y esfuerzos para prevenir los embates de las aguas. Soluciones existían —qué duda cabe— pero encararlas les habría significado contradecir el mandato de la naturaleza y —por sobre todo— privarse de la saludable gimnasia de la caridad.

Al fin y al cabo era también «el destino»el que los había situado a ellos en una situación privilegiada, y a esos lejanos prójimos encima de aquellas tierras de la desgracia.

Por algo sería.

Un día como tantos otros, los habitantes de Peoresnada se enteraron de que una nueva inundación castigaba la región de Malagua. Todos los medios de comunicación —al igual que siempre— comenzaron a emitir frecuentes noticieros ultra alarmistas. Informaban al país acerca del fenómeno como si fuera la primera vez que sucedía.

De inmediato, las escuelas de la Capital se pusieron en campaña para recolectar ropa, calzado, frazadas, colchones y alimentos.

Por supuesto, los estudiantes estaban acostumbrados a colaborar con aquella tarea solidaria. Y así podía vérselos —primero— de casa en casa, recogiendo lo que cada vecino decidiera que podía donar para los aún más carenciados que ellos. Después —ya de vuelta en las escuelas— separando en diferentes pilas las prendas de vestir y demás cosas obtenidas, según fueran para mujeres, hombres, niños o animales. Los escasos enseres domésticos, los materiales de construcción y otros objetos necesarios también en emergencias como aquella, eran recogidos por los clubes de fútbol.

A los bomberos y a la policía les correspondía ocuparse de botes, canoas y balsas que la buena voluntad de la comunidad más pudiente pudiera ofrecer para rescatar a los inundados.

En fin, que el sentir popular solía conmovirse y responder lo mejor que podía para ayudar a los hermanos en desgracia.

En esa oportunidad, la de «un día como tantos otros», también, y es en el patio de una escuela en la que nos encontramos ahora —como espectadores invisibles— observando a un grupo de compañeros de grado. Abren paquetes. Inspeccionan los contenidos. Separan las cosas. Las apilan. Vuelven a comprobar —como tantas veces— que gran parte de las prendas de vestir están muy gastadas y —para colmo— sin botones. Se nota que los hilos o lanas que los sujetaban han sido cortados a propósito, antes de que sus dueños se desprendieran de esas ropas. No es posible que aparezcan faltando casi todos y de ese modo, como arrancados —a veces— o con las partes sobre las que debían estar pegados deshilachadas, a fuerza de tijeretazos realizados con urgencia.

—Parece que la caridad no usa botones —comenta Graciela a sus compañeros de tareas, con una mueca de tristeza.

—Menos mal que es difícil descoser rápidamente un cierre relámpago que si no... —dice Martina.

—¡Algunos también los sacan antes de regalar la ropa...! ¡Miren! —y otra de las nenas les muestra una media docena de pantalones a los que es evidente que les han quitado los cierres para donarlos—. Vienen en el mismo paquete —agrega entonces—. ¡Qué casualidad!, ¿no?

Pronto, todos los compañeros de ese grado se encuentran cuchicheando acerca del tema de la ropa mutilada.

—¡Qué miseria!

—¡Qué egoísmo increíble!

—¿Pero qué se creen? ¿Acaso a ellos les gustaría tener que sujetarse los pantalones con trapos?

—¿O abrocharse las chaquetas con piolines?

—Bueno, chicos; a nadie le sobra nada por estos pagos... —intervino Graciela intentando moderar la discusión—. Guardarán los botones para usarlos en otras prendas... ¡Con lo que cuestan los botones!

—¡Claro que son caros, Gra! Pero... ¿qué te parecen las ropas que llegaron en esta pila de paquetes? —dice Martina— Son de buena calidad, ¿no? Todas. Los dueños no deben de ser gente pobre...

Y va mostrando distintas prendas bastante finas pero... eso sí... todas despojadas de los botones.

—A ver... a ver... Aquí se lee algo... —y Graciela señala uno de los paquetes separados.

—¡Y aquí también!

—¡Y aquí!

—¡Y aquí!

Pronto, los chicos advienen que los papeles de envolver de esa pila están sellados. Un pequeño sello de sobria tinta negra. Entonces leen:

«DONACIÓN DE LA SRTA. PÍA MARÍA JOSEFINA DEL SOCORRO MERCEDES DELFINA
ROBLES Y ROBLES DE LA RENTA.»

Un rato más tarde, cuando los chicos le cuentan a las maestras lo que han descubierto, una de las más viejas de ellas les dice, con cara resignada:

—Ah, sí, la Niña Fina Socorrito... —y es evidente que disimula otros sentimientos que los afectuosos que intenta transmitir—. La Niña Fina Socorrito es una de las más distinguidas damas de caridad de nuestro país —prosigue—. De la primera hora... Jamás ha estado ausente con sus donaciones... Desde que era muy jovencita... E invariablemente excelente ropa, ¿vieron? es increíble, tendrá cerca de 92 años y sigue conmoviéndose ante las inundaciones... y ayudando para que nadie pase frío... para que nadie ande desnudo por ahí...

—Pero... —protesta Graciela, algo envalentonada por lo que empieza a comprender vagamente, sin necesidad de que nadie se lo explique— ¿siempre les sacó los botones a la ropa la Srta. Fina Socorrito, con lo poderosa que es?

—Y sí... ¿Raro no? —le responde la vieja maestra, sin animarse a ninguna justificación.

Graciela continúa a la carga:

—Pero... yo no entiendo... O sí, y no me gusta nada. ¿La caridad no usa botones, señora Luisa?

La interrogación de la nena queda flotando en el aire, sin respuesta. Y sin respuesta continúa durante el correr de los años que siguen a «ese día como tantos otros».

Y Peoresnada continúa siendo un paisito tan, pero tan pobre, que la mosca —emblema nacional— es el único recurso que los niños más humildes tienen para enterarse de cómo era un insecto así, siquiera en ilustraciones, porque las verdaderas moscas emigraron a zonas más prósperas: insectos sí, pero no zonzos.

Y continúan las inundaciones en Malagua...

Y las donaciones...

También, las infaltables de la Niña Fina Socorrito, que a estas alturas de los acontecimientos acaba de cumplir sus primeros 105.

Algunos años después, el único diario importante de Peoresnada y al que —por supuesto— sólo leen las personas «importantes», anuncia:

Hondo pesar y escenas de consternación en el círculo de sus íntimas amistades y en todos aquellos que han tenido la dicha de conocerla, ha provocado el deceso de la Srta. Pía María Josefina del Socorro Mercedes Delfina Robles y Robles de la Renta, distinguida benefactora de nuestra sociedad y a la que amorosamente conocíamos como «La Niña».

El penoso deceso ocurrió —sorpresivamente— en la tarde de ayer. Dama de profundas convicciones piadosas, dedicó su rica existencia a aliviar el dolor de los pobres.



Fundadora y presidente vitalicia de la benemérita Asociación «Damas de Caridad de Peoresnada», su ausencia dejará —sin dudas— un vacío imposible de llenar.

Como una prueba más y póstuma de su acendrado amor por los desheredados de la fortuna ha legado a la comunidad de Malagua —sin dudas la más castigada de nuestro país— una de sus propiedades ubicadas en pleno centro de la Capital con todo lo que ella contiene.

Sus restos son velados en... (y aquí siguen unos datos que —en realidad— no le interesan a esta historia).

Cuando los malagüenses recibieron el legado, no hubieran comprendido el porqué de no ser porque los lejanos episodios de la falta de botones se habían transmitido de generación en generación como un cuento fantástico.

Y como personajes de un pasaje de cuento fantástico decidieron —entonces— proceder con la extraña herencia.

La casa recibida por ellos se encontraba en tal estado de deterioro que sólo servía para demolición.

La demolieron. Con los materiales de construcción así obtenidos levantaron un curioso monumento. ¿A qué? ¿A quién? ¿Y todo lo que contenía y también les pertenecía?

Ah... quien quiera saberlo debe trasladarse como turista a Peoresnada, animarse a realizar ese viaje con la imaginación...

Bien.

Ahora formamos parte —entonces— de un nutrido contingente de los poderosos peoresnadenses.

Es el primer aniversario de la desaparición de la «Niña» Fina Socorrito y van a rendirle homenaje. A pleno sol.

Estamos a varios metros del monumento que perpetúa su memoria y al que sus amigos han rodeado de un bello jardín.

Mientras se suceden los discursos ponderando las virtudes de Fina Socorrito, contamos con tiempo de sobra para observarlo con atención.

Sobre una base enorme y que impacta por sus incrustaciones multicolores —como diminutos azulejos— se alza la figura de Fina Socorrito, destellante por donde quiera que se la contemple.

Es recién cuando nos arracimamos frente al monumento mismo, que nos damos cuenta de las razones de tanto color por abajo y tanto destello por arriba.

La base ha sido recubierta por gran parte de la infinidad de botones de múltiples formas y colores que los malagüenses recibieron como herencia. La figura de Fina Socorrito —imponente como para agotar hasta el último de ellos— ostenta pegados los más caros —únicamente—, los más exquisitos, los más blancos.

De cabeza a los pies entonces, una insólita figura absolutamente cubierta por botones.

Y ella sonríe, desde sus dientes de nácar, de marfil, redondos, cuadrados u ovals.

Para la perpetuidad sonríe.

翾翾翾翾翾翾翾翾翾翾翾翾翾翾翾

El compañero automático

¡Qué sola se sintió Juana después del fallecimiento de su esposo Tarzán, el famoso «rey de la selva»! ¡Y qué sola se quedó —unos años más adelante— cuando su hijo Tarzanito abandonó definitivamente el bungalow natal para radicarse en el Brasil!

El muchacho se había casado con una bella señorita extranjera —nacida en Río de Janeiro— a la que había conocido mientras estudiaba en esa ciudad.

Ya era padre de tres preciosos morenitos, cuyas fotos cubrían toda una pared del dormitorio de Juana.

Juana.

Pobre Juana. Seguía con su viudez a cuestas.

A pesar de que no le habían faltado oportunidades para contraer un segundo matrimonio —ya que era una mujer inteligente y atractiva— ella decía que nunca volvería a enamorarse, que el recuerdo de su amado esposo era demasiado poderoso, que nadie llenaría el lugar vacante que había dejado con su muerte.

La mona Chita seguía con ella y era su fiel compañera, junto con tres perros, cinco gatos, una tortuga y dos o tres docenas de coloridos pececitos.

Juana tenía muchas amistades, claro, y solía visitarlas o invitarlas a su cabaña con relativa frecuencia. También mantenía larguísimas charlas telefónicas con ellas, respondiendo a sus constantes llamados en todo momento de la jornada.

En realidad, a Juana no le gustaba quedarse de oreja pegada al teléfono, pero comprendía que esos continuos ring-ring —que sonaban en su casa— eran la prueba del cariño que despertaba en los demás. Por eso, atendía con calidez y brindaba —a cada uno— el tiempo que fuera necesario para que quien llamaba quedara satisfecho. Entonces, ella también lo estaba.

Así pues, durante el día —ocupada como se encontraba con los quehaceres domésticos y la atención de sus animalitos y del teléfono— las horas se le pasaban en un soplo.

Interminables le parecían las de la noche y era entonces cuando su soledad le pesaba tanto, aunque intentara distraerse leyendo, viendo alguna película por televisión o —sobre todo— inventando nuevas recetas de cocina. Su imaginación —en ese rubro— no tenía límites.

Por suerte, los fines de semana lograba sacudir —casi por completo— esa angustiada sensación de desamparo. Sábados y domingos, su cabaña se convertía en el centro de atracción turística número uno. «Selvatex», una importante empresa de viajes, le pagaba a Juana una buena suma mensual para que abriera su cabaña a la curiosidad de los continuos contingentes de excursionistas. Con eso, ella se mantenía económicamente y con comodidad.

No existía sábado o domingo en que faltaran turistas, provenientes de todas partes.

Nadie resistía la tentación de visitar el hogar de Tarzán, conocer a su mujer y a la auténtica mona Chita. Además, esa casa era la única de la zona que mantenía la construcción original, que permanecía igualita a la época en que había sido hecha, tantos años atrás. Tantos, que ya no era aquella cabaña aislada en mitad de la selva, como en la temporada de su fundación.

¿«Selva» dijimos? ¿Qué quedaba de la antigua y extendida selva sino un retazo de pasturas verdes —bien lejos de allí— en lo que ahora se denominaba «las afueras»?

La edificación cubría casi por completo el territorio que alguna vez había sido un lugar silvestre, rico en vegetación y animales salvajes. La localidad era un modernísimo complejo urbano.

Una madrugada —como tantas otras— sorprendió a Juana despierta y al borde del llanto.

—No soporto más esta soledad... —dijo, y arrojó al suelo —junto a su cama— el cuaderno donde acostumbraba escribir sus recetas de cocina.

—Tengo que cambiar mi estilo de vida... Un trabajo que me interese, tal vez... Eso... Un trabajo que me ayude a tapar los espacios de soledad que me están invadiendo el alma...

Y ahí sí que se largó a llorar.

Chita —que descansaba en una hamaca colgada en el jardincito posterior de la casa y adonde se abría el ventanal del dormitorio de Juana— se despabiló —de repente— al oír los sollozos de su dueña.

Corrió entonces a su lado, saltando a través del ventanal y la miró —durante unos instantes— como si comprendiera lo que le estaba pasando.

Juana le acarició la cabeza:

—Qué increíble, Chita... Parece que entendieras lo que me ocurre... ¿no es cierto?

Por toda respuesta, la mona salió disparando hacia afuera.

Cuando regresó al cuarto, traía el cajoncito en el que solía guardar sus cachivaches.

Lo colocó junto a la cama y empezó a sacar sus «tesoros» y a dárselos a Juana.

—Qué amorosa... —dijo la mujer—. Quiere regalarme sus juguetes para que no esté tan triste...

Dos o tres semanas después de esa noche de crisis, Juana ya había resuelto a qué trabajo dedicar sus días.

Si le encantaba crear recetas y cocinar los platos mas exquisitos... ¿por qué no hacer lo mismo para vender?

Así fue como transformó su cocina casi en un mini-laboratorio gastronómico y equipó una de las habitaciones que daban a la calle, como coqueto local de atención al público.

Hizo publicidad en diarios, revistas, radio y televisión.

Lo que más le costó fue decidir qué nombre le daría a su negocio. Dudó entre «V. G. Tal's» (porque sus comidas eran totalmente vegetarianas), «Estado de coma» o «Estado vegetativo» (que desechó por considerarlos —con razón— de humor negro), «Mendieta» y «Punto y Coma».

Finalmente, prefirió «Punto y Coma» y —pronto— un gran cartel —al frente de su local — anunciaba:

PUNTO Y COMA

Los más deliciosos menús naturistas preparados por encargo.

Comidas para llevar, artesanalmente creadas por Juana Tarzán.

Pedidos al Tel. 3030 o personalmente.

También, entrega a domicilio.



En pocos meses, el negocio de Juana era un éxito total.

Ya no daba abasto para cumplir con la interminable cantidad de pedidos.

La mona Chita estaba en línea —perdidos sus kilitos de más, tras la recorrida diaria para las entregas a domicilio— y Juana se sentía próxima al desmayo, cuando tuvo esa brillante idea que le depararía —acaso— un poco de alivio: instalar un contestador automático, conectado a su teléfono.

«¿Cómo no se me ocurrió antes?», pensaba. «Pasé estos meses a punto de agotarme, ocupándome yo sola de los quehaceres domésticos, de las compras, del cuidado de mis bichos, del negocio de la cocina... y de atender continuamente el teléfono que no para de sonar, entre los encargos y los llamados de los amigos...»

«Ah... ¡qué duro le resulta a una mujer que vive sola, trabajar en su propia casa!»

«Menos mal que Chita me da una pata, que si no... ni un rato para bañarme tendría...»

Juana compró —entonces— un contestador automático y grabó las siguientes palabras de recepción de los futuros llamados:

— Hola. Habla Juana Tarzán.

Usted se ha comunicado con el tres cero tres cero. En este momento no lo puedo atender... pero si desea dejar grabado su mensaje, puede hacerlo después de oír la señal sonora.

Le ruego que indique su nombre, su número telefónico y el horario en que se lo encuentra.

Gracias.

Y a continuación grabó una melodía. La de la cajita de música que su hijo Tarzanito le había enviado desde Brasil, para su último cumpleaños.

Durante las primeras semanas después de instalado el aparato, Juana comprobó lo práctico que era contar con él. Un verdadero asistente para sus actividades.

Y así como quienes la llamaban —clientes y amigos— elegían la hora que a ellos les resultaba más conveniente para comunicarse, Juana podía hacer lo mismo.

Ya no tenía que interrumpir su trabajo a cada rato para atender, en muchas ocasiones sorprendida en los momentos más inoportunos, porque el teléfono se convertía —a veces— en un invasor...

Ya no salía de su casa —nerviosa— pensando que sonaría en vano durante su ausencia y que quizá justo entonces la llamaría su hijo desde Brasil... (porque ni la buena de Chita —que había aprendido tantas cosas— era capaz de responder...).

Habitualmente —en la breve pausa del mediodía y al atardecer— Juana escuchaba y anotaba todos los mensajes que su «compañero electrónico» —como le decía— había registrado e intentaba responderlos uno por uno.

Intentaba. Porque lo cierto es que —salvo en los contados números telefónicos en los que se encontraba también con un contestador— debía de llamar un montón de veces hasta ubicar a quienes le habían telefoneado.

Todo el mundo andaba muy ocupado, por cierto.

Suerte los que tenían que disar el 3030 *una sola vez* y ya podían comunicarse con ella...

De todos modos, «el compañero» era un excelente auxiliar para su trabajo: no se perdía ningún pedido. Además, qué cálida compañía le proporcionaba tantas noches, cuando las queridas voces de los amigos le hablaban desde el grabador... Y qué alegría cuando —entre la larga serie de mensajes— hallaba alguno de su hijo, de su nuera, de sus nietitos lejanos...

Ah... pero lo que Juana jamás hubiese imaginado era que —también— le empezaba a servir para conocer mejor al prójimo, en aspectos de su carácter que ella ignoraba hasta entonces y que comenzaron a producirle malestar.

Era como si se le hubiera revelado —de repente— la existencia de una «fauna» muy singular: la de los «pavos telefónicos» —como los apodó— esos seres que suponían que ella *tenía* que estar pegada a la silla junto al teléfono, para atender *su* llamado en *ese* preciso instante en que a *ellos* se les había ocurrido telefonar y no toleraban el contestador...

O esos que contaban con familiares, personal de servicio o secretarios para ocuparse de responder —cada vez que sonaba la campanilla en sus casas o lugares de trabajo— y no comprendían que Juana debía de arreglárselas sola...

O esos que —simplemente— no atendían el teléfono cuando no se les venía en ganas y no valoraban el respeto que a ella le merecían *todos* los llamados que le hacían, porque todos tenían la posibilidad de comunicarse con su casa, gracias al contestador...

Incapaces de ponerse —siquiera durante lo que dura un pestañeo— en la piel del otro, de los otros (en este caso, en la de Juana) solían dejarle mensajes ridículos, absurdos, de los que aquí se presenta una reducida muestra:

«Es algo miserable esto de acaparar todos los llamados. Clic.»

«Qué invento más triste. Lo que usted *no quiere* es hablar *conmigo*. Clic.»

«Llámenos, Juana; ya es la quinta vez que le grabamos un mensaje! Clic.»

(Y las cinco veces... olvidaron comunicar nombres o números telefónicos... o ambas cosas a la par...! ¡Aj, Juana era la mujer de Tarzán, no Mandrake el Mago...!)

«¡Odio este aparato! ¡Odio hablar con un aparato! Clic.»

(¿Acaso no se habrían enterado —aún— de que el teléfono es —también— un aparato?)

«¡Me harta el contestador! Clic.»

—A mí también... —estalló Juana una noche, tras escuchar la novena pavada en la cinta de grabación—. Esta semana voy a darle vacaciones...

Y entonces lo desconectó durante tres o cuatro días.

¡Para qué! Cuando —debido a las exigencias de su trabajo, que era el único perjudicado si «el compañero» seguía mudo— Juana volvió a ponerlo en acción, *los mismos* «pavos telefónicos» que se manifestaban alérgicos al aparato... reaparecieron grabando mensajes del tipo de los que siguen:

«¡Por fin conectaste el contestador, Juana; te llamamos dos veces y nadie atendió!»

«¡Ya era hora de que arreglaras ese maldito aparato! ¿Estuvo descompuesto, no? La impotencia que sentí, al llamarte el otro día y no poder comunicarme...»

«Egoísta, Juana, ¿eh? Se está olvidando de dejar encendido el grabador cuando sale...»

Total, que los demás llamen y la campanilla suene y suene y suene...»

—Es el colmo. Inútil esperar coherencia o comprensión de parte de estos pavos —pensó Juana—. Agotan la paciencia...

Y entonces volvió a desconectar a su «compañero electrónico», desconcertada.

En ese mismo momento sonó el teléfono. Cuando atendió —intranquila porque no deseaba tener una discusión con ninguno de esos «ejemplares» cuyos mensajes acababa de escuchar— la voz de su hijo —que le llegaba desde el otro lado del océano— fue para ella como un regalo del cielo.

Días después de la conversación con Tarzanito, Juana decidió que cumpliría la promesa que le había hecho de viajar a Brasil. Además, *necesitaba* reencontrarse con su familia, volver a ver a sus tres nietecitos, recuperar fuerzas entre quienes tanto la querían.

Se acercaba otro fin de año; ese había sido agobiante y se merecía un descanso. Chita también, ¡con las energías que había consumido durante los repartos a domicilio!

Colocó —entonces— un cartelito de «Cerrado por vacaciones» sobre la vidriera de su local... avisó a su clientela que viajaba hasta mediados del año siguiente... se despidió de sus mejores amigos... les encargó a unos buenos vecinos el cuidado de sus perros, gatos, peces y tortuga... preparó las valijas... y partió rumbo al aeropuerto de la pata de Chita.

Ah... pero antes de abandonar la cabaña enchufó —de nuevo— el contestador automático, le quitó la cinta de grabación de mensajes y cambió el suyo de recepción por otro:

Agtnn... Blgdam... Mñgu...

Grrrr... Grrr... Grrr...

Grrr... Grrr...

(Había grabado las voces de su mona Chita, claro...)

La Tierra, nuestra casa

I.

Tal como solía hacerlo la mayoría de los lemonitas durante las cálidas noches de la estación verde, los cinco se encontraban tendidos —caras al cielo— sobre sus respectivos colchones flotantes. La silenciosa contemplación de los padres y sus tres hijos era apenas interrumpida —de tanto en tanto— por el zumbido de alguna astronave que partía desde la base cercana a su casa. Ya faltaba poco para que concluyera la séptima noche de contemplación y —con ella— la breve estación verde.

En ese planeta, dicho período era tradicionalmente destinado a la observación conjunta de la inmensidad. Grandes y chicos acostumbraban a reunirse fuera de las casas y acostarse con la mirada fija en las estrellas.

Finalizada la séptima noche de muda contemplación, a los pequeños lemonitas les llegaba el turno de preguntar a sus mayores todo aquello que les interesaba saber con respecto al universo. Entonces, era mandamiento que las respuestas se orientaran no sólo a satisfacer la natural curiosidad de los más chicos, sino —también— a estimular en ellos la necesidad de comprender que Lemonia les pertenecía, que era su diminuto hogar dentro del hogar infinito que constituía el universo, ese universo que cobijaba al suyo al igual que a otros millones de planetas.

En Lemonia, acostarse de cara al cielo durante la estación verde significaba lo mismo que arrodillarse ante la maravilla de la creación, actitud practicada —por ejemplo— por los seres de la Tierra.

Un poderoso y fascinante sonido comenzó —de pronto— a expandirse a través de todo el espacio lemoniano. Indicaba el fin de la fugaz estación. Fue entonces cuando el más chiquito de los hermanos de la familia a la que se refiere este relato, extendió su único dedo hacia el cielo y exclamó:

—Y aquella estrellita... ¿cómo se llama?

Señalaba un puntito luminoso casi imperceptible... un mini-mini brillante... apenas un destello más entre la infinidad de ojos mediante los cuales el cosmos se contempla a sí mismo...

La madre le contestó:

—Zmrblf. Nosotros lo denominamos así, aunque sus habitantes le pusieron el casi impronunciable nombre de «Tierra»...

—¡Zmrblf! ¡Bah! —dijo el mayor de los hermanos lemonitas.

—Los zmrblfianos, ¡qué pavos! —agregó el mediano—. Son unos pavos que...

—No deben hablar así —interrumpió el padre—. *Fueron* tontos, es cierto, pero ya no lo son. Precisamente mañana, van a festejar un nuevo aniversario del «darse cuenta», según sus calendarios.

El más pequeño de los lemonitas —que hasta ese momento escuchaba con atención el desarrollo de la charla entre el papá y sus hermanos— dijo entonces:

—No entiendo... Del «darse cuenta»¿de qué?

—De que la Tierra es *su* casa, aj ¡porque no se daban cuenta los muy pavos! ¡Y pasemos a otro tema! —exclamó el mayor.



—De que deben cuidarla *entre todos*, ¡cosa que no hacían, los muy zonzos! Y cambiemos de historia, que ésta la requete sabemos —agregó el mediano.

—Ustedes... Yo no... —protestó el más pequeño, tras las afirmaciones de sus hermanos.

—Vengan conmigo —les dijo entonces el padre a sus hijos mayores—, mientras mamá le cuenta a Xyipi la historia de Zmrblf... —y accionó un control de su colchón flotante. Los hermanos mayores hicieron lo propio con los suyos.

De inmediato, los tres se desplazaban hacia otro lugar de la llanura que rodeaba su casa.

Cuando la madre vio que se ubicaban a una distancia prudencial, la suficiente como para que ambos grupitos pudieran conversar sin perturbarse mutuamente, empezó su relato:

—Ese puntito luminoso... Ese mini-mini brillante que señalaste —querido Xyipi— es

Zmrblf... o «la Tierra», como ya te enteraste... Lo que no sabes es que los habitantes de esa esfera de escasos 44 mil kilómetros de circunferencia fueron capaces de poner en peligro el sistema solar al que pertenecen... Te explico: durante miles de años, los zmrblfianos (o «terráqueos» o «seres humanos», como se autodenominan) estuvieron... ¿qué decirte?... como dormidos... o algo así... Por eso, cada vez que lograban alcanzar un estado de bienestar que Les permitía vivir mejor a *todos* ellos... en vez de disfrutarlo, pues... buscaban el modo de destruirlo... Sé que esto que te cuento te parecerá rarísimo, pero nuestra Lemonia también pasó por etapas similares hace millones de años... Nuestros remotos antepasados también cometieron locuras... Sucede que nuestro planeta es muchísimo más viejo que la Tierra... Aprendió *antes* todas estas cosas que les enseñamos a nuestros hijos durante la estación verde... «Enseñar» —Xyipi— es como pasar una antorcha de una mano vieja a otra joven, antes de que su fuego consuma la mano vieja... y se consuma a sí misma... y desaparezcan —entonces— mano y fuego... y... Bueno, te decía que los zmrblfianos fueron capaces de llegar al borde mismo de la destrucción de su propia Zmrblf... Para hablarte de hechos más o menos recientes, te cuento que estuvieron a punto de desatar una nueva guerra mundial... Se habían dividido en dos bandos. Todas las regiones de la Tierra pertenecían a uno u otro bando, potencias armadas hasta los dientes con las máquinas de matar más perfectas que puedas imaginarte... y con los subterráneos refugios de protección más sofisticados... ah... como si creyeran que fuese hermoso sobrevivir en un territorio devastado por la energía nuclear... Si esa guerra se declaraba —¡plf!—la Tierra iba a estallar sin remedio y el equilibrio de su galaxia correría el riesgo de perderse... y... en fin... Es debido a esta historia —que tus hermanos conocen— que aseguraron que los zmrblfianos son pavos... Ah... por suerte podemos afirmar que lo *fueron*; ya no... Prosigo: ellos no habían aprendido aún que cada planeta debe amarse y —por lo tanto— cuidarse a sí mismo; que la Tierra es su bella casa chica dentro de la casa sin límites que constituye el universo y que alberga a todas sus estrellas por igual... Por eso, como planeta más viejo decidimos enseñárselo a nuestro

hermano jovencito... Te repito que —aquí— es deber del que aprendió antes el transmitir lo aprendido. Te repito que aquí, Xyipi, «aprender» significa no persistir en los errores cometidos... Espero que no lo olvides cuando crezcas... En resumen: decidimos darles una bella lección, que la merecían por ser más jóvenes... Te aclaro que no teníamos (ni tenemos) ningún propósito de invadir y dominar la Tierra ni otro planeta... Ya entendimos que con nuestra amada Lemonia nos basta y sobra si queremos ser felices... También entendimos que si los zmrblfianos no habían respetado los mensajes de amor y de paz de maestros extraordinarios como los que entre ellos vivieron, menos respetarían el nuestro... Entonces, creímos que lo más efectivo sería aproximarnos sin hablarles de amor y de paz... darles un susto... y... Nuestras naves sobrevolaron la Tierra una y otra vez. Permitimos que *todos* sus habitantes nos vieran y no unos pocos, como en otras excursiones anteriores que —como otros vecinos estelares— también habíamos realizado, llevados por el objetivo de explorar mundos desconocidos.. una vez que los diarios de los zmrblfianos dejaron le ocuparse de locuras tales como la guerra entre ellos, para destacar —en primeras planas— nuestra aparición, aterrizamos plácidamente en varios puntos a la par. El pánico que se apoderó de los seres humanos fue indescriptible. Sabíamos que —su primera reacción— sería tratar de destruirnos... Porque... si hacía rato que se mataban entre sí... siendo iguales... ¿cómo no iban a intentar destruirnos a nosotros, tan distintos físicamente, tan «bichos» para sus órganos de percepción? Además, si la Tierra se había dividido en dos bandos con ansias le invasión y de dominio de sus *proprios* territorios... ¿cómo no iban a suponer que nosotros llegaríamos alentados por sus mismos fines? Ah... y si se nos antojara, tenemos todo lo que se necesita para invadir y dominar cualquier planeta más joven que el nuestro... y así lo comprobaron los humanos cuando tomaron conciencia de nuestro existir... Por eso sucedió lo que sucedió: en una total coincidencia con nuestros razonamientos... Enumero:

1. Los hombres se sintieron perplejos.
2. Los hombres resolvieron unir —en contra de nosotros— los dos bandos en que se habían fraccionado.
3. Los hombres comprendieron —al fin— que *unidos* debían cuidar su planeta, todos juntos, sin pavotas divisiones que los llevaran —otra vez— al precipicio de una guerra entre ellos.
4. Los hombres empezaron a entender que Zmrblf era su casa... y —desde ahí en adelante— pensaron que debían amarla en su totalidad, cuidarla de polo a polo, de trópico a trópico, preservando su aire, su agua, su fuego y su tierra...

»Lo que aún no entendieron es por qué —de repente— todas las naves extraterrestres que ellos suponían una amenaza, fueron como aspiradas por los cielos justamente durante el día en que temían la invasión de «los monstruos»... Oriente y Occidente terrestres quedaron boquiabiertos cuando nuestras flotillas convinieron partir, seguras de que los zmrblfianos habían aprendido la lección. ¡Y vaya si la aprendieron! Por eso papá se enojó con tus hermanos cuando dijeron que los zmrblfianos *son* tontos! *Lo fueron*, Xyipi, hasta hace poco, es cierto... *Lo fueron*... Mañana —según señalan los almanaques— van a festejar el haberse dado cuenta de todo esto... Izarán una bandera única y multicolor como símbolo, como recuerdo de tan importante acontecimiento. Como podrás suponer, la formaron con un retacito del color de *cada* bandera que habían creado en *cada* región de su planeta... Resultó una bella bandera de cientos y cientos de colores... Tantos como los motivos que habían usado como pretextos para dividirse... «La Tierra, nuestra casa...» —entendieron por fin— al igual que nosotros decimos «Lemonia, nuestro hogar...»

Y la mamá lemonita concluyó su charla mirando la carita de su pequeño con una expresión tal que —si no hubiese bailado en el rostro de una extraterrestre— hubiera podido leerse como una sonrisa de ternura.

—Vamos, bebé —le dijo entonces a Xyipi—. Debemos apurarnos. Tenemos que reunirnos con los otros. Pronto va a iniciarse el burbujeo...

La mamá accionó un control de su colchón flotante, estiró su único dedo para enganchar al suyo el colchoncito de Xyipi y ambos se desplazaron —enseguida— hacia el sitio donde el resto de la familia los esperaba: seguían contemplando el cielo y conversando acerca de la maravilla que significaba.

Estaban a punto de festejar —como todos los lemonitas— el privilegio de estar saludablemente vivos, el triunfo de la vida en cualquier esquina del universo.

Se dice que son cosa de extraterrestres... como las burbujas verdes que lemonitaron, con alegría —poco después—, adhiriéndose a la celebración que los había convocado.

Sus miradas, aún fijas en el abrazo infinito de las infinitas estrellas.

Desde distintos y lejanísimos puntitos luminosos del cielo —y algunas tan sin sospecharlo— otras y otras y otras y otras miradas coincidían en el celeste encuentro.

II.

Acabo de escribir —como si fuera un cuento— el sueño que tuve este amanecer, durante el breve lapso en que logré dormirme.

No es fácil dormir aquí, angustiados como vivimos todos los que compartimos este refugio antinuclear, siempre alertas a las instrucciones y noticias que desciframos en las gigantescas pantallas de las computadoras zonales o que nos sacuden desde la cadena de altavoces subterráneos.

Es la primera vez que escribo uno de mis sueños y —también— es la primera vez que puedo escribir en mi diario desde que estamos al borde del desencadenamiento de otra guerra mundial, desde que este espanto de ojos abiertos comenzó y que nos perturba aún más porque no somos las mayorías quienes lo provocamos e ignoro cómo continuará. Pero he sentido la compulsión de escribir mi último sueño. *Tenía* que transformarlo en palabras, aunque tampoco sé para qué lo hice ni cómo lo conseguí, entre la pavorosa inquietud que reina en este sitio desde que nos anunciaron esa noticia hace una hora y media.

Bien. Ya concluí.

Ahora, a leer y escuchar —de nuevo— lo que las pantallas y los altavoces reiteran constantemente y que transcribo como final de este monólogo:

«CONSERVAR LA CALMA. AGUARDAR INSTRUCCIONES.
MANTENERSE CADA CUAL EN SU PUESTO HASTA PRÓXIMA
COMUNICACIÓN.
INFORMAMOS TRANSITORIO CESE DE HOSTILIDADES ENTRE
NUESTRO BANDO Y EL ENEMIGO.
REPETIMOS:
INFORMAMOS TRANSITORIO CESE DE HOSTILIDADES ENTRE
NUESTRO BANDO Y EL ENEMIGO.
DESDE TODAS LAS REGIONES DE NUESTRO PLANETA ACABAN
DE INFORMAR QUE CENTENARES DE OVNIS SE ENCUENTRAN
SOBREVOLANDO LA TIERRA.»



Cuento con usted

Es el lunes por la mañana. Bien tempranito.

Usted sale de su casa, después de un desayuno tomado a la disparada. A la media cuadra, compra el diario.

Con los minutos contados, sigue encaminándose —rápidamente— hacia la parada del autobús que conduce a la estación de trenes.

Cuando llega a la parada, ya hay una larga hilera de gente que espera el mismo transporte que usted. Se ubica —por lo tanto— al final de la cola.

—Uf, qué serpentina humana... —comenta por lo bajo.

Hojea el diario.

De tanto en tanto controla la hora en su reloj de pulsera y la compara con la que señala el solar, instalado en la esquina. Piensa que si el micro demora un poco más, va a llegar tarde a su lugar de trabajo.

Está leyendo los chistes que aparecen en la contratapa del diario, cuando una mano femenina le da tironcitos a la manga de su chaqueta para llamarle la atención.

Usted vuelve su cara hacia la de la mujer que está a su lado, extendiéndole una tarjeta mientras le hace señas para que la lea.

De un ligero vistazo, usted adviene que la mujer es una mujer pobre y una pobre mujer (que no significa lo mismo). Toma la tarjeta —ajada y con manchas varias— y la lee. Dice así:

«SOY SORDOMUDA Y ESTOY DESOCUPADA.
TENGO CINCO HIJOS A MI CARGO. MI
MARIDO CAYÓ PRESO. CUENTO CON USTED
PARA ALIVIAR —EN PARTE— MI
DESESPERADA SITUACIÓN. LO QUE PUEDA
DARME SERÁ MUY AGRADECIDO. QUE DIOS
BENDIGA A USTED Y A SU FAMILIA.»

Cuando le devuelve la tarjeta, la mujer la toma con la derecha mientras le tiende la izquierda, abierta y de palma hacia arriba. Usted le da el dinero que tenía preparado para el boleto del micro y siente una extraña vergüenza, por la escasez de su limosna.

En ese mismo momento, su micro arriba a la parada. Llega repleto. Si tiene la suerte de subir, va a viajar como sardina en lata.

La serpentina humana empieza a perderse en el interior del vehículo, hasta que a usted también le toca el turno de ascender y sacar el boleto.

Menos mal que el trayecto es breve. Apenas unas veinte cuadras hasta la estación. De lo contrario, usted se deshidrataría debido al calor reinante y al apretujamiento entre los demás.

En una de las paradas del rutinario recorrido, sube un ciego.

Se abre paso con mucha dificultad, hasta alcanzar una ubicación junto al conductor del micro y de espaldas al mismo.

Casi no se puede creer que haya logrado desplazarse, a través de tantas personas apiñadas.

Carga una valijita.

Golpea con su bastón blanco el metal del respaldo del asiento del conductor.

La gente se da cuenta —entonces— de que es un vendedor ambulante y —entre compadecida y resignada— se dispone a escuchar su pregón.

Usted ya casi lo recuerda de memoria. No es la primera oportunidad en que se encuentra con tal hombre, compartiendo un viaje de esa línea.

—Estimados señores pasajeros —y el vendedor de mirada inexistente abre su valija, a la par que inicia la acelerada promoción de sus productos—. Muy buenos días. Voy a distraer brevemente su amable atención. Soy un no-vidente que se gana —con honradez— el pan cotidiano y que —gracias a la generosa cooperación del público viajero— no está condenado a vivir mendigando. En esta oportunidad, la empresa para la que —orgullosamente— trabajo y que es de primer nivel en el rubro de los plásticos, les brinda —por mi intermedio— esta fabulosa oferta.

(En ese instante, el ciego saca un sobre plegado, de papel celofán, y coloca la valija en el suelo, sosteniéndola entre sus piernas.)

—Directamente de fábrica, por única vez y a un precio absolutamente promocional, ofrezco a ustedes este set, este juego completo de peines de finísimo acrílico irrompible, flexible y de excepcional calidad.

(Y ahí mismo despliega el sobre y parte del pasaje que lo rodea —más los afortunados que viajan sentados en las primeras filas— pueden observar siete peines de diferentes tamaños y colores. El vendedor continúa —entonces— con su discurso.)

—Como podrán apreciar —y aquel que desee comprobarlo por sí mismo no tiene más que solicitármelo— se trata de siete peines —¡qué digo!— de siete auténticas piezas artesanales que van a satisfacer las necesidades de toda la familia e —incluso— de algún pariente, amigo o amiga, novio o novia, compañero o compañera de tareas con el o la que se desee quedar bien para las próximas fiestas de Navidad, Año Nuevo y Reyes. A las pruebas me remito.

(El ciego comienza a extraer —uno a uno— los distintos peines a medida que prosigue la propaganda.)

—El clásico peine negro, grande, de toilette, apto para todo tipo de cabellera al contar con dos zonas bien diferenciadas: la de los dientes gruesos y la de los dientes delgados. El típico peine para el bolsillo del caballero o la cartera de la dama, en tonalidad celeste o rosa según sea para el sexo masculino o el femenino, con un diseño tal que lo convierte en útil para toda clase de cabello, es decir, que sirve para el pelo lacio, para el pelo crespo u ondulado, para el pelo largo o corto y —también— para melenitas.

(Una brusca frenada interrumpe su monólogo. Recuperado el equilibrio, lo retoma con increíble energía)

—Y sigo, presentándoles el resistente peine para enrular, imprescindible en el equipo de belleza de cualquier señora, señorita o niña. Y como si todo esto fuera poco, el peine de



extraordinaria suavidad, adecuado para la tenue pelusilla de los bebés y los débiles cabellos de los ancianos... y esta pieza que en Europa no se consigue y que es el resultado del incomparable ingenio argentino: el peine para calvos, con su acolchada almohadilla de felpa —en vez de los comunes dientes— para masajear el cuero cabelludo desprovisto de pilosidad y estimular —por lo tanto— las células capilares para inducir un rápido rebrote del cabello. Y voy completando mi oferta con este diminuto peinecito, ideal para ordenarse las cejas en una u otra dirección —atentos señores pasajeros— y con el broche de oro de este verdadero regalo sometido a su gentil consideración: ¡el peine para animales domésticos! Este originalísimo utensilio —munido de dos filas de resistentes púas de puntas redondeadas— perfecto para el aseo de la piel de perros, gatos y otros mamíferos carnívoros y felinos, pertenecientes a esas especies. Y aquí concluyo —distinguidos señores pasajeros— agradeciéndoles —desde ya— la atención dispensada y la segura compra que —no dudo— me harán de estos artículos, por el irrisorio precio de diez mil australes. Pero no quisiera despedirme sin antes augurarles una agradable jornada. Que Dios les conserve la vista. Muchas gracias y buenos días.

A esta altura de los acontecimientos, varias personas se van desprendiendo de ésa suma —que no les sobra— y se transforman en dueños de una serie de peines que no necesitan. Usted también. Y eso que ya compró cuatro o cinco sobres, meses atrás.

El ciego desciende frente a la estación, listo para abordar otro autobús y usted —detrás de él— baja y cruza la avenida, acomodando en su bolso la reciente compra. Piensa qué va a hacer con tantos peines. Ni que fuera un pulpo o una monstruosa hidra.

Mira hacia el andén: su tren está pronto a partir. Se apresura y consigue subir, no bien se pone en marcha.

Como el micro, el vagón también está repleto. ¡Uf, qué fastidio!, pocas esperanzas de conseguir asiento, como siempre. Sin embargo, apenas se alejan de la estación se desocupa uno justo a su lado.

Aún restan cuarenta minutos de recorrido hasta el centro de la ciudad por lo que —tras los pisotones y acrobacias de rigor, que impiden que otros le quiten *su* sitio— se sienta por fin. Los compañeros de viaje que continúan parados no disimulan cierta envidia y usted simula no acusar recibo de algunas miradas fulminantes y vuelve a hojear el diario.

Imposible concentrarse en la lectura. Un desfile de vendedores ambulantes va a hacer su irrupción durante los treinta y nueve minutos que faltan para llegar al centro.

Y el desfile se inaugura con el señor que «no vengo a vender si no a regalar tres lujosos fascículos de cocina internacional, conteniendo un centenar de recetas de los más sabrosos platos para las próximas fiestas; desde la copa de langostinos hasta el pavo relleno con almendras (por ejemplo) e incluyendo toda la variedad de entradas, comidas frías y calientes, postres helados y hasta el clásico pan dulce, insustituible en la mesa familiar navideña. Además, a todo comprador se le obsequiará —sin cargo— un suplemento de alta repostería europea».

El vendedor exhibe —entonces— tentadoras fotografías de distintos platos, «como para que vayan comiendo con los ojos el menú que consumirán durante las fiestas...» y usted se pregunta cuántos de los ocupantes del vagón contarán —siquiera— con una sidra para entonces...

No obstante, acaso conmovidos por el rostro famélico y la desdentada sonrisa del señor que las vende, varios adquieren las revistas.

Usted también. Y las enrolla dentro del bolso mientras prosigue el desfile: turronecillos, cuchillos multiuso, cascanueces, muñecos de peluche, portadocumentos, quitamanchas, largas tiras de caramelos, tijeritas «chinas», destapadores, hilos de coser, elefantes de yeso, alicates, apósitos autoadhesivos, pañuelos, aspirinas, elementos de pirotecnia, también «para las próximas fiestas...».

La más amplia gama de productos es expuesta «a la gentil consideración de los distinguidos pasajeros, sin compromiso alguno de adquisición por su parte».

«Sin compromiso», claro, pero en algunas personas se sigue produciendo una especie de absurda compulsión a la compra... por beneficencia.

En usted también.

Y es así como llega a su estación de destino con el bolso atiborrado de artículos vanos.

Para consolarse por lo que considera una debilidad suya, una ridiculez, piensa que «bueno; no tengo la desgracia de estar en la indigencia y si bien no me sobra el dinero, el viernes cobré y en algo puedo contribuir —hoy— para atenuar la pobreza de esta gente. Justicia, no caridad, pero mientras tanto...».

Reflexiones por el estilo, encuentran a usted en pleno descenso de la escalera mecánica hacia el subterráneo.

A una cuadra de su empleo llega ese transporte.

Sabe que otro desfile de vendedores espera allí abajo y se promete no comprar nada más. No cumple con su promesa.

¿Por qué no armarse de otro juego de bolígrafos, ya que se acaban tan rápido y estos «son especiales, diez kilómetros de escritura asegurados, tinta indeleble e inalterable ante el frío o el calor, con los que es posible hasta firmar documentos, hacer círculos, ángulos y trazos múltiples, en dirección horizontal o vertical, todo por el mismo precio»?

¿Con qué pretexto rechazar esa agenda de año nuevo si a cualquiera puede resultarle útil y si «tiene páginas divididas en los cinco días hábiles de la semana o sea: lunes, martes, miércoles, jueves y viernes más lugar destacado —en líneas rojas— para sábados y domingos; provee información exacta acerca del peso específico de todos los cuerpos, la hora de cada país del mundo y cuenta con un índice alfabético *completo*, de la A a la Z»?

¿Y cómo negarse a la súplica de esas criaturas desamparadas que reparten estampitas de San Cayetano, para que «a los distinguidos pasajeros no les falte trabajo»?

El final de jornada de labor de ese lunes, sorprende a usted —como de costumbre— tomándose un cafecito en un bar al paso, antes de emprender —nuevamente— los tres viajes para regresar a su domicilio particular.

Toma su café.

Entretanto, no resiste las miradas implorantes de esas nenas que le ofrecen —sucesivamente— señaladores, paquetitos con agujas y ramitos de flores.

¿A qué prolongar el «cuento con usted», si ya se adivina que la situación de *este* lunes será más o menos similar, va a reiterarse con ligeras variantes, a través de las cuatro semanas de cada mes de trabajo del año?

Por eso, le preongo que salteemos algunas hojas del almanaque.

Ahora es *otro* lunes, muy distinto al del principio del relato.

Usted decide renunciar a su empleo y permanecer en su casita de las afueras de la ciudad.

A lo largo de los días que siguen, hace refacciones en una parte de la habitación cuya ventana da a la calle, la transforma en un diminuto local de metro y medio por dos e inaugura un kiosquito.

Total, ya tiene un surtido de mercadería suficiente como para abastecer al vecindario durante una temporada larga.

翾翾翾翾翾翾翾翾翾翾翾翾翾翾翾

Por ejemplo, Cristóbal

Podría haberse llamado —por ejemplo— Cristóbal. Podría haber sido músico, tejedor de lino o carpintero. Podría haber llegado de un hermoso país que quedara en algún sitio del otro lado del bosque de la diminuta aldea de Alacia... o en cierto lugar sobre la costa opuesta de su brumoso río. Pero nadie supo su nombre, ni su oficio, ni su procedencia.

No bien el muchacho de sombrero celeste, mirada celeste y barba ídem apareció entre ellos, los alacianos se contemplaron —primero— desconcertados y —después— lo contemplaron a él con sorpresa, con desconfianza, con temor, así, en ese orden, aunque rápidamente concentraron sus sentimientos en la desconfianza y en el temor. ¿Por qué? Pues... porque sí, ya que en los cuentos cualquier cosa puede suceder porque sí y no voy a ser yo quien cambie esta maravillosa causa de los acontecimientos.

Continúo:

De inmediato, los alacianos murmuraron: «Un extranjero», «Un invasor», «Un peligro». Y dispararon hacia sus casas, bajaron persianas, corrieron cortinas, cerraron puertas con llaves, clausuraron chimeneas.

Entretanto, erguido en medio de un callejón y sin entender nada, el muchacho se quedó solo, bajo la luna y dentro del miedo de Alacia.

Sintió.

Pensó.

Sintió.

Al rato, con mirada más corazón vueltos del revés —como para que se viera claramente la materia de la que ambos estaban hechos— decidió presentarse, decir «Yo soy...».

Entonces, fueron siete las puertas a las que llamó sucesivamente.

La primera puerta se entreabrió apenas y —sin darle la menor oportunidad de completar su «¡HOLA!»— un hombre le gritó:

—¡Fuera! ¡Fuera de aquí usted y todos esos insectos gigantes que le sobrevuelan el sombrero!

Apenas se entreabrieron —también— la segunda puerta... la tercera... la cuarta... la quinta... la sexta...

El muchacho escuchó entonces:

—¡Fuera! ¡Fuera usted y todos esos horribles duendes que bailan en su mirada!



—¡Váyase a otra parte con su cortejo de criaturas mitad puercoespines y mitad rinocerontes!

—¡Regrese a su pueblo, si es que allí lo soportan con esas gelatinas fosforescentes enroscadas en sus botas!

—¡No se atreva a permanecer en Alacia si aprecia su vida!

—¡Fuera! ¡Ya detectamos las repugnantes caritas que nos espían, escondidas en su barba!

La séptima puerta ni siquiera se entreabrió. Desde el otro lado de la rotunda madera con aldabones, un vozarrón (amplificado por un altoparlante, ya que era el vozarrón del mandamás de la aldea) le anunció:

—¡Yo lo echo! ¡Ya me enteré de todo! ¡Cuenta con cinco minutos partidos por la mitad para marcharse de Alacia! ¡Y váyase junto con todos sus espantosos compañeros! ¡Fuera de aquí de una buena vez, pastor de monstruos!

Apenas resonaron estas tres últimas palabras, los alacianos dispararon a las calles desde sus casas. Con risas y chillidos de alegría celebraban la decisión de su mandamás. Ahora sí que iban a librarse —definitivamente— de ese extranjero, de ese invasor, de ese peligro...

Saltaban, batían palmas, hacían morisquetas alrededor del muchacho mientras que él —blandamente— desandaba los callejones rumbo vaya a saberse dónde.

Antes de que abandonara la aldea conocieron —al menos— la aspereza de su voz. Fue cuando le oyeron exclamar:

—¡Nada de lo que vieron me pertenece, dormidos! ¡Ningún monstruo llegó conmigo!

Los alacianos siguieron bailoteando hasta el amanecer.

La moraleja de este cuento enseña:

*Se sabe que ninguno puede nada
frente a la estupidez organizada.*

La «inmoraleja» —en tanto— asegura que —a partir de ese día— los alacianos debieron aprender a convivir con sus *propios* monstruos...

¡Ah! Y dicen que aquel muchacho que podría haberse llamado —por ejemplo— Cristóbal, reaparece en los recuerdos de las viejas de la aldea —una y otra vez— mencionado como «el chico-espejo».

Pero ése es otro cuento.